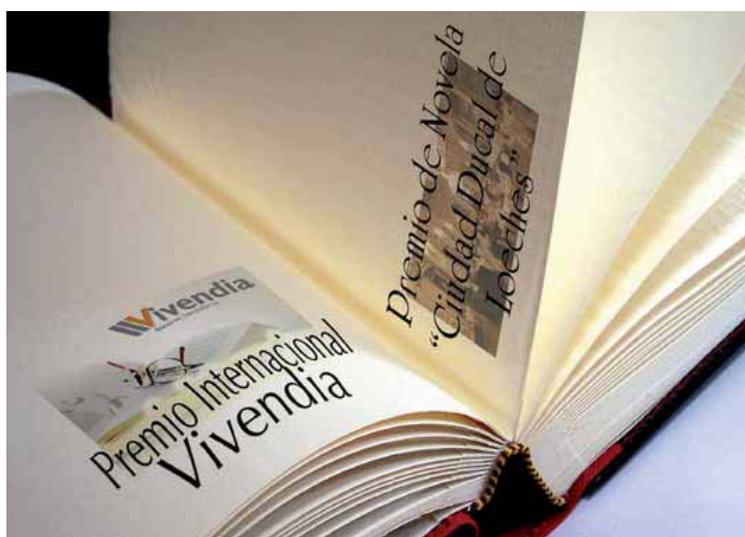


Irreverentes

2 premios 2 para culminar un año de buenos libros

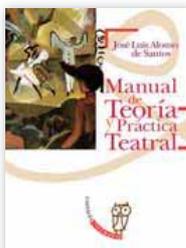
El premio de Novela "Ciudad Ducal de Loeches" cierra el plazo de admisión de obras a comienzos de enero. La expectación levantada por la convocatoria de este año sólo puede ser entendida desde la que provocaran los primeros ganadores del premio, los autores Francisco Nieva y Antonio Gómez Rufo. Muy pronto en estas páginas conoceremos el nombre del nuevo autor irreverente que sigue la estela de aquellos otros.

El premio "Vivendia" de relato apuesta una vez más por ese género que ha dado algunos de los mejores textos de la Literatura, y al que sin embargo el público español parece que se resiste. Rulfo, Cortázar, Chéjov, Poe, Borges, y entre nosotros Clarín o Alarcón son sólo un botón de muestra entre la pléyade de autores que han dado lo mejor en este difícil universo del relato breve. Quién sabe si el próximo nombre de tan brillante lista será el/la ganador/a del premio Vivendia. Sigán atentos. Pronto oirán la letanía: "Y el ganador es..." > Págs. 24



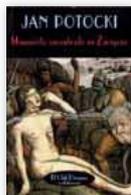
El amor por las palabras

No era necesario que nos lo recordase, pero José Luis Alonso de Santos ha vuelto a confesarnos dónde se halla su debilidad. El amor por la palabra, por esa urna dorada que contiene pedazos de corazón humano, y que Alonso de Santos ha sabido llevar a la escena como los clásicos, despojándola de lo efímero. Aprovechando la presentación de su obra Manual de Teoría y Práctica Teatral (Castalia, 2007), en este número nos define las bases sobre las que se asienta una sólida obra dramática. > Pág. 6



Dos amigos separados en el tiempo: De Cuenca y Potocki

Luis Alberto de Cuenca no niega la atracción que siente por este oscuro príncipe polaco, que escribió en francés, autor de una obra enigmática y provocadora, desconocida para el gran público hasta el mismo S. XX. En un estudio apasionante, de Cuenca nos pone en el umbral de esta obra mágica y nos advierte de que el laberinto de la literatura no tolera la marcha atrás.



Boadella ya se acostumbró a la sombra del cadalso

En una entrevista cargada de nervio, de tensión vital, Albert Boadella habla de política, habla de la vida que se nos va en frivolidades, habla de teatro y de lo que importa, de la voz del ser humano. O sea que también habla de la sinrazón: él, que fue encarcelado en la época oscura del franquismo, y que ha vuelto a padecer persecución en este comienzo de siglo aparentemente democrático. Boadella sabe como nadie que el mensaje del teatro permanece, porque el ser humano no cambia. Para lo bueno, y para lo malo. > Pág. 7



Número 9 - Noviembre 2007

Relatos y artículos

- Tristeza en metacrilato
Antonio López del Moral, > Pág. 4
- ¿Por qué no te callas?
Miguel Ángel de Rus, > Pág. 5
- El último timbre del día
Santiago García Tirado, > Pág. 8
- Sta. Catalina de Siena y el Purgatorio
Rafael Domínguez Molinos, > Pág. 9
- Críticas literarias
Eduardo Campos, > Pág. 10 y 11
- Unos días en Venecia
Francisco Legaz, > Pág. 12
- Jesús va en Rolls-Royce a la iglesia del Rev. Dollar
Jorge Majfud, > Pág. 13
- Amores de barrio
José Antonio Rey, > Pág. 14
- La enciclopedia del género humano
Alberto Castellón, > Pág. 15
- Nivel siete
José Melero, > Pág. 18
- A Manolo le preocupa la Biología
Carmen Matutes, > Pág. 19
- La iglesia (I)
Isabel M^a Abellán, > Pág. 20
- Los andamiajes de la violencia
Pedro Antonio Curto, > Pág. 21
- Últimas copas juntos
Álvaro Díaz Escobedo, > Pág. 22

PROMOCIÓN CULTURAL Damos imagen de prestigio a su empresa

SERVICIOS CULTURALES Y DE COMUNICACIÓN PARA AYUNTAMIENTOS Y EMPRESAS

- Organización de premios literarios
- Edición por encargo
- Seminarios de creación literaria
- Ciclos de lecturas dramatizadas
- Exposiciones...

www.promocioncultural.com



Editorial

El penúltimo hombre del Renacimiento



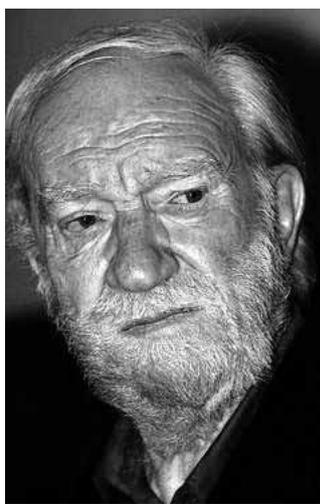
Pocos han merecido tanto en el pasado siglo ser considerados un "hombre del Renacimiento" como Fernando Fernán Gómez. Sus libros, exquisitos; su trabajo como director de cine, valiosísimo; como actor, único quien no haya visto su "Ninette y un señor de Murcia", "El Viaje a ninguna parte" o su deslumbrante actuación en "El abuelo" no ha visto actor alguno en la vida— y su trabajo como creador y actor teatral, de una valía casi incomparable.

Su figura como creador sólo tiene parangón en Francisco Nieva, aunque tocando campos distintos, y como escritor y personaje público, sólo Umbral estaba a su altura. Quienes ahora le recuerdan sólo por su carácter brusco demuestran no estar a la altura del barro que pisaron los pies del genio. Quienes han escrito o reportajeado su necrológica basándose en su mal genio demuestran que no todos somos iguales. Fernando Fernán Gómez fue no sólo un creador excepcional, sino un conversador brillante, ágil, divertido, irónico y nada auto-complaciente al que, es cierto, le bastaba la cercanía de un imbécil para expulsarlo de su entorno con viveza. Fernán Gómez era un volcán y tenía derecho a entrar en erupción cuando quisiera.

Recuerdo una grata conversación en la que exponía como argumento para no tener dinero el habérselo gastado todo en taxis. La risa general demostró que los demás entendimos "en señoritas"; y ésa era la razón que él esgrimía para ser cómico; la facilidad de acceso a las señoritas, no negaba su predilección. Era un cómico completo, de esos decimonónicos que se retiraban al alba de Madrid, cuando salían las churreras y los borriquillos de los traperos. Cuando

no había un sitio donde dormir, siempre tenía una señorita simpática que le dejara un hueco en su cama, como había otros hombres de teatro de la época que iban a dormir cada noche al burdel. Era un placer escucharle hablar del café Gijón, que según decía, suplió a la universidad en su caso. Fernán Gómez, era cierto, escuchaba mejor con una taza de café delante que con un pupitre. Un genio, Enrique Jardiel Poncela, le descubrió para *Los ladrones somos gente honrada*, y cuentan las bambalinas de Madrid, que el joven Fernán Gómez ayudó al genio a sobrevivir en sus últimos años, cuando la sociedad franquista le volvió la espalda, porque un descreído como Jardiel Poncela no podía ser permitido en la España gris.

A Fernando Fernán Gómez le hicieron Académico de la Lengua treinta años después de merecerlo. Pero ya había sentado cátedra en los teatros madrileños, en CIFESA, en sus valiosos artículos de *Diario 16* y *El País*; en



De su filmografía hay que volver a ver cuantas veces sea posible *El extraño viaje*; la película maldita y excelente, casi imposible de encontrar, *Mi hija Hildegarde*, o *Arriba, Hazaña!* Y, cómo no, su serie televisiva *El pícaro*. Posteriormente actuó en tantas películas de primera línea que es imposible recordar todas: *La colmena*, *Réquiem por un campesino español*, *El Viaje a ninguna parte*, *Belle Époque*, *Visionarios*, de Gutiérrez Aragón, —quien me dijo en una ocasión, de broma, que Fernando no escribía obras, sino que ordeñaba vacas, porque cada obra que escribía era después novela y guión cinematográfico— y, cómo no *El abuelo*, donde está incommensurable, por encima de cualquiera de esos actores famosos que llegan del imperio.

A quienes nos dedicamos a esto de escribir libros no suele visitarnos la gloria, ni el cuerno de la fortuna nos ofrece sus dones, pero a veces tenemos compensaciones que valen más, como haber conocido a gente como Nieva, ese dandy

Manuel Gutiérrez Aragón me dijo en una ocasión, de broma, que Fernando no escribía obras, sino que ordeñaba vacas, porque cada obra que escribía era después novela y guión cinematográfico

novelas divertidas y muy personales, como la grandísima *El viaje a ninguna parte*, o *El vendedor de naranjas* y la extraordinaria *El mal amor*, con la que Planeta se cubrió de ridículo dejándola como finalista de su premio cuando mereció ser la ganadora. Su autobiografía *El tiempo amarillo* es una obra de consulta extraordinaria para comprender al autor, su tiempo y el mundo de

los cómicos de la España gris. Y su obra teatral *Las bicicletas son para el verano*, es sin duda una de las más valiosas del último medio siglo. Aunque no son menos valiosas obras que fueron poco comprendidas, como *La coartada*, *Los domingos, bacanal* o la comedia *Los invasores del palacio*. Y un libro de memorias sobre el teatro *Las anécdotas del teatro: ¡aquí sale hasta el apuntador!*

que vive fuera de su época, en un mundo inaccesible a la mayoría; Francisco Umbral, un dandy proustiano, friolero y siempre en búsqueda de un poco de cariño; y Fernando Fernán Gómez, el genial hombre del Renacimiento que sólo sabía hacer cuatro cosas, como él reconocía, pero esas cuatro cosas las hacía bien. Será un lujo poder contarle a los nietos que se tomó café con él.

La Irreverente Ana María Matute, Premio Nacional de las Letras Españolas 2007

La escritora de Ediciones Irreverentes (ha publicado en el libro colectivo *En El tren*) Ana María Matute ha obtenido el Premio Nacional de las Letras Españolas 2007, que reconoce el conjunto de la labor literaria de un autor español. Este galardón, dotado con 30.000 euros, está considerado el más importante de este género después del Premio Cervantes.

Ana María Matute nació en Barcelona en 1926. Es miembro de la Real Academia Española desde 1996. Desde su primera novela *Los Abel* publicada en 1948 hasta ahora, es autora de más de cuarenta obras. Ha impartido clases en universidades norteamericanas.

Destaca su obra *Olvidado Rey Gudí*. Su incursión en la literatura infantil ha dejado obras tan representativas como *Los niños tontos* o *Caballito loco*. Está en posesión de premios como el Nacional de Literatura, el de la Críti-



ca, el Fastenrath de la Real Academia, el Nadal o el Café Gijón. Ediciones Irreverentes le agradece haber publicado en la editorial cuando ésta daba sus primeros pasos y quiere compartir la alegría de quienes disfrutan al saber que la literatura de calidad de vez en cuando tiene reconocimiento.

Desde su primera novela Los Abel, publicada en 1948, hasta ahora, es autora de más de cuarenta obras

Staff

Director
Miguel Ángel de Rus
Coordinación
Santiago García Tirado
Redacción
C/ Martínez de la Riva, 137
Correo electrónico:
edicionesirreverentes@yahoo.es
http://www.edicionesirreverentes.com

Delegación Madrid
Antonio López del Moral, Francisco Legaz, Rafael Domínguez, Eduardo Campos, Guillermo Sastre
Delegac. La Mancha Delegación Andalucía
José Enrique Canabal José Melero y Alberto Castellón
Delegación Murcia Delegación Cantabria
Isabel María Abellán Álvaro Díaz Escobedo
Delegación Galicia Delegación C. Valencia
José Antonio Rey Santiago García Tirado
Delegación Asturias Delegación Reino Unido
Pedro Antonio Curto Carmen Matutes
Diseño Impresión
DinA3 (nachoffrds@yahoo.es) Imcodavía
Depósito legal
AV-51-0

Benedetti tendrá que esperar



Como en ediciones anteriores, el irreverente Mario Benedetti ha vuelto a quedarse sin la justicia de recibir el Premio Cervantes. Da igual. Como si Benedetti necesitara sanción de premio

alguno para ser reconocido como una de las figuras más grandes de la lengua española de este siglo. La obra de Benedetti es inmensa, como su personalidad, y de ella recibimos bendición todos los que amamos la buena literatura. Lo que indigna es ese desengaño que supone la concesión de un premio como el Cervantes, cada año más alimentado de intereses, como el Nobel, y menos del espíritu creativo que dice reconocer.

Con premio y sin premio, Benedetti es el mismo autor querido. Uno de los nuestros.

(Mario Benedetti ha publicado en Ediciones Irreverentes la selección de relatos *Del amor y del exilio*.)

Música española del sudoeste de los Estados Unidos

Un título sorprendente, para un disco sobre algo que simplemente no debería sorprendernos: el legado cultural de España en los Estados Unidos.

El disco recoge algunos de los temas que la tradición española dejó en aquellas tierras, y es obra del musicólogo Joaquín Díaz, que canta acompañado, entre otros, por Elena Casuso y el virtuoso y polivalente Javier Coble.



El disco ha sido presentado hace unos días por el irreverente y erudito Luis A. de Cuenca, que ha resaltado lo que supone de esfuerzo por "rescatar las canciones del pueblo". Una obra "muy pensada, muy corregida y muy bien escrita", según de Cuenca. En la presentación intervino también el periodista de Radio 3 José Miguel López, quien hizo hincapié en que la recuperación de estas canciones "demuestran que fuera del anglosajón existe otro mundo"

Novedades de Ediciones Irreverentes



Distribución de Ediciones Irreverentes

Madrid y Castilla La Mancha
- Distrifrer Libros S.L.
 C/Valle de Tobalina, 32 nave 5-6. 28021 Madrid
 Tfn. 91 796 27 09 - Fax. 91 796 26 77

Castilla León - Andrés García Libros
 C/ Pintores, 5 - Pol. Villares 37184
 Villares Reina - Salamanca
 Tfn. 923 23 02 06 - Fax. 923 25 31 17

Castilla León - Andrés García Libros
 Fdez. Ladreda. Parc. 1, Nave. 3 P.
 Argales - 47008 Valladolid
 Tfn. 983 47 21 55 - Fax. 983 47 32 47

Alicante - Alicash S.L.
 Ctra. Ocaña, 56 C/C U.A. 4 03006 Alicante
 Tfn. 96 510 36 50 - Fax. 96 528 96 63

Cataluña y Baleares - Ben Vil S.A.
 Viladomat, 86 08015 Barcelona
 Tfn. 93 325 46 84 - Fax. 93 425 17 13

Málaga, Almería y Granada - Calma
 Carrion-Los Negros, 19 29013 Málaga
 Tfn. 95 225 10 04 - Fax. 95 225 10 04

Asturias, Cantabria y León - Cimdavevilla
 Polig. Rocas 3.C/ Arquimedes
 33211 Gijón -Asturias
 Tfn. 98 530 70 43 - Fax. 98 516 72 15

Sevilla, Cádiz, Huelva y Extremadura
Centro Andaluz del Libro
 Parc.34-36 Km.7,3 Sev-Mal Polig. Ind.
 La Chaparrilla 41016 Sevilla
 Tfn. 95 440 63 66 - Fax. 95 440 25 80

Córdoba y Jaén - Francisco Baena
 Pol. Las Quemada. Par.236-A 14014 Córdoba
 Tfn. 957 32 60 23 - Fax. 957 32 58 42

País Vasco - Herro Libros
 Montorre Kalea, 3 Pol.Uga 48160 Derio - Vizcaya
 Tfn. 94 454 28 50 - Fax. 94 454 19 28

Aragón, Rioja, Soria y Navarra - Icaro
 Polígono El Plano, Nave 39 50430
 M. Huerva - Zaragoza
 Tfn. 976 12 63 33 - Fax. 976 12 64 93

Galicia - López Caballero Libros S.L.
 C/ Príncipe, 22 36206 Vigo, Pontevedra
 Tfn. 986 26 64 33 - Fax. 986 37 91 54

Valencia - Lyra
 C/ Dels Colliards, 4 46210 Picanya-Valencia
 Tfn. 96 1590781 - Fax. 96 1590884

Murcia - Miguel Sánchez Libros
 C/ Mayor, 55 Pol. Camposol, 2
 30006 Puentetocinos, Murcia
 Tfn. 968 24 73 31 - Fax. 968 20 03 19

Canarias - Odón Molina
 Neptuno, 9 (Gracia) 38205 La Laguna-Tene
 Tfn. 922 25 66 66 - Fax. 922 25 62 11

EXPORTACIÓN A LIBRERÍAS
Celesa
 Tel: (34) 915 17 0 170 - Fax: (34) 915 17 3 481
 Correo electrónico: pedidos@celesa.com

Azteca
 Marquesa de Argüeso, 36 - 28019 Madrid
 Tel: 91 5604360 - Fax: 91 5652922
 azteca@aztecadist.es

VENTA A BIBLIOTECAS DE ESPAÑA Y EL EXTRANJERO
Puvill
 Tel: (34-93) 2988960 - Fax: (34-93) 2988961
 Correo electrónico: info@puvill.com

EDICIONES IRREVERENTES, VENTA DIRECTA A LIBRERÍAS Y EMPRESAS
 editor@edicionesirreverentes.com

Tienes en tus manos una obra de arte; no la tires, no es un simple periódico gratuito. Guárdalo y volverás a leerlo con placer. Si no quieres guardarlo, por favor, dáselo a alguien que pueda disfrutarlo.

Boletín de Suscripción

Suscríbese a Irreverentes y recibirá de regalo de un libro de Ediciones Irreverentes por valor de 12 euros. 10 ejemplares de Irreverentes por sólo 20 euros. Reciba el periódico en casa. Hacer transferencia bancaria a Ediciones Irreverentes, cuenta: 2038 1787 43 6000172214, concepto "Suscripción", y enviar por correo comprobante del pago junto con el boletín de suscripción a: Ediciones Irreverentes C/ Martínez de la Riva 137, 4ªA Madrid 28018



Nombre / Name: _____

Dirección / Address: _____

C.P. / Postal district: _____ Ciudad / City: _____ Provincia / Province: _____

Tlf. / Phone: _____ Fax / Telefax: _____

Correo electrónico: _____



Tristeza en metacrilato

delante del sofá, la televisión es un guiño brillante, un ojo triste, una ventana cerrada que nos muestra un paisaje al que nunca podremos acceder. La televisión es el amanecer de la mentira y el crepúsculo de la realidad palpable, la televisión conecta mundos y rompe sinapsis, a la televisión queremos lanzarnos de cabeza, y destrozamos su cristal oscuro, su región tan transparente, su señora de rojo sobre fondo azul.

¿Qué es lo primero, me preguntan en un spot mientras clavan en mi pupila la pupila azul de rayos catódicos, el ojo que todo lo ve, el ojo, el ojo, el gran hermano, la pantalla, la mirada del otro? La televisión o el inframundo, el otro lado del espejo, la ruptura, la tristeza conservada en metacrilato, como una tarántula que ya nunca morderá a nadie. La televisión apagada también es televisión, pero coño, ya no nos hace tanta gracia, aunque en esa pantalla negra se vislumbra el reflejo alucinado de un enano que se parece sospechosamente a nosotros mismos.

Hay una cultura, o no la hay, en torno a la puñetera televisión. Hay cine, aunque nadie diría que lo es, periodismo que se aproxima y roza la frontera azul de la snuff movie, hay en la televisión un adelanto de la muerte en directo, una censura sin censurar, un estertor maquillado y reconvertido en temblores de final de una época. Nos hemos acostumbrado a mirar a la muerte a la cara, y ya no nos asusta su esqueleto, y la famosa guadaña nos parece en la pequeña pantalla una navaja multiusos, como ésas que ahora se utilizan para anunciar cuentas corrientes, qué tendrá que ver.

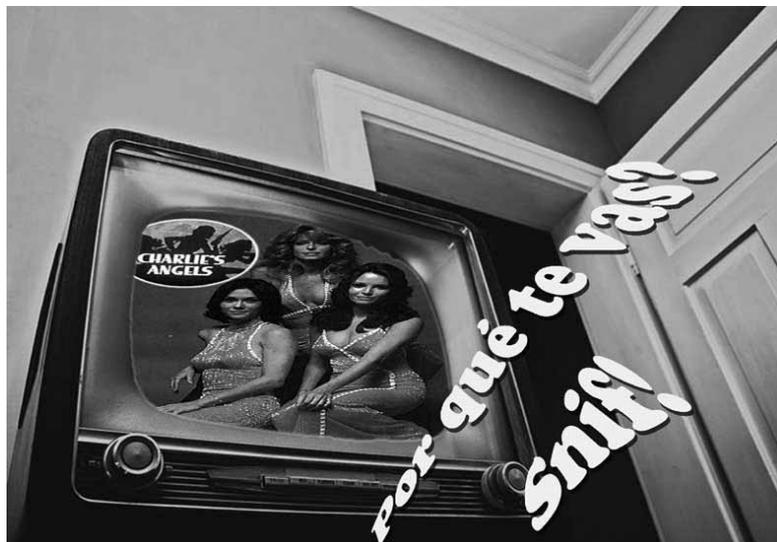
En la televisión un imbécil con corbata nos quiere vender miedo y necesidades o necesidades perentorias, la televisión son imbéciles hablando para otros imbéciles, vendiendo casas sin construir, castillos en un aire contaminado, rebanadas de pan untadas con la mantequilla que Marlon Brando utilizó para sodomizar a no me acuerdo quién en su famoso Tango en París.

pero la televisión no es el cine, aunque lo parezca, no es el periodismo, no es el pensamiento a pesar de los filósofos de madrugada que venden silogismos por kilos, no es la literatura ni el amor, tampoco el sexo, no es nada de todo eso, qué le vamos a hacer, pero tampoco podríamos decir qué es exactamente. Es una mentira rutilante y a veces patética, es un modelo del mundo, una guía de uso de la realidad que esforzados cretinos siguen al pie de la letra, sin percatarse de que la vida no es que esté en otra parte, es que se ha esfumado en el esfuerzo de leer el manual de instrucciones del nuevo plasma de 32 pulgadas.

La gran paradoja de la televisión es que te muestra una visión hiperrealista de un mundo absolutamente falso, un espejo que sólo refleja traiciones. No son ciertas las ciudades



Antonio López del Moral



que vemos en la pantalla, no es auténtica la sociedad que se nos muestra, los negros no son tan negros, los moros no resultan, en persona, tan fundamentalistas, los rascacielos parecen más bajos.

Recuerdo que cuando estuve en Nueva York después de andar por Broadway durante casi una hora buscando el Empire State pregunté a un policía negro dónde estaba. Me miró como si le estuviese tomando el pelo, y, señalando detrás suyo, me escupió: "Is this". Me volví con cuidado, lo miré y, la verdad, no me pareció tan alto, y así se lo dije, me pareció un edificio más de aquella ciudad de edificios gigantes, aquellas calles de sombras y hormigón, esquinas de ruido y café aguado vigiladas por ciclopes de muchos ojos. El tipo se encogió de hombros y me dijo: "Desde arriba parecía más alto", y se alejó contoneándose, y mientras se marchaba recuerdo que pensé que el secreto de los americanos se basaba en la conocida máxima de explicar lo evidente, lo americano era la simplicidad de lo obvio, lo que se veía, la lógica sin más, eso sí, cuidadosamente envuelta y vendida con una adecuada campaña de marketing. La lógica de la hamburguesa, o sea, hacer que medio mundo coma mierda, y encima contentos.

La televisión es la lógica de lo evidente, pero sin lógica, la televisión es la evidencia puesta a secar, la esencia de lo superficial, la presentación justificada en sí misma. La televisión condensa eso que decía MacLuhán de que el medio es el mensaje, que cuando lo escribí se quedó tan ancho y no lo entendí ni Dios, pero que con el transcurrir de los años resulta que la cosa cobra peso, y al final tenía razón, el tío. La televisión es el mensaje, lo que es lo mismo

que decir que el mensaje es irrelevante, como las palabras de amor que se dicen cuando lo haces.

hoy por hoy el mensaje es lo de menos, lo que cuenta es el envoltorio, la forma, el color, la música, o jingle, creo que lo llaman. Televisión, bola de cristal, ventana indiscreta, televisión llena de información vacía, archivo de realidades hertzianas e impalpables, otros mundos que no están en este, ni en ningún otro, porque no existen, no son, no los han dibujado así, ni de ninguna manera, los han diseñado con uno de esos programitas informáticos que también se justifican en sí mismos, porque al final resulta que también ellos son lo importante, lo que cuenta no es lo que escribes, sino el programa con el que lo has hecho, el ordenador, el sistema, en fin, la caña.

La televisión quizá sea reemplazada por el ordenador, pero sólo porque el ordenador se convertirá en la televisión, la fagocitará, la reemplazará por una versión corregida y revisada de ella misma. Medio frío o caliente, a quién le importa MacLuhán a estas alturas, medio y mensaje, o mensaje a medias, medio demediado, como aquel vizconde de Italo Calvino, medio que da miedo a veces, que impresiona por su poder, que manipula conciencias y araña voluntades, que abofetea el rostro de quien lo observa con la guardia bajada. Podría escribir los versos más absurdos esta noche, amor, hablando de la televisión y otros asuntos, pero creo que lo voy a dejar ya, porque Irene me avisa desde el salón que está a punto de comenzar House.

<http://antoniodm.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Cuando fuimos agua
- El cuaderno de los reflejos rotos

Cuando fuimos agua, de Antonio López del Moral, erotismo directo al hipotálamo en Ediciones Irreverentes



¿Por qué no te callas?

La muchacha, de pura raza aria y rasgos tan sutiles que hubieran hecho enloquecer a Modigliani, de una elegancia sobria nada frecuente, estaba sentada en el sillón del fondo de la estancia. Leía con calma: "En algunos mínimos pueblos de provincias se encuentran casas cuya vista inspira una melancolía similar a la que sentimos ante los claustros más sombríos, las landas más desiertas o las ruinas más tristes. Sin duda, participan esas casas del silencio del claustro, de la aridez de las landas y de los despojos de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan calmos, que un forastero las creería deshabitadas de no encontrar súbitamente la mirada fría e inexpresiva de una persona inmóvil, cuyo rostro monástico asoma por una ventana al oír el ruido de pasos desconocidos."

el joven garañón se levantó bruscamente de la gruesa alfombra con un gesto de aburrimiento cercano al puchero infantil y su cuerpo varonil tapó un retrato de Carlos IV con cara de majadero.

—Papá, por favor, no puedo soportarlo más. ¿Cómo pretendes que tenga a una mujer tan bella delante y no la haga mía por la vía carnal?

El padre, asentado ya en la relativa calma hormonal que conlleva el ser sesentón, y en la de los alcoholes etílicos corriendo por su sangre, levantó su sacrosanta mano de pater familias.

—Hijo, así lo quiere tu madre, que pasa por ser la culta de la familia. Por ella escuchamos ópera en lugar de rancheras, vamos a exposiciones en lugar de ir al fútbol y aguantamos tener bellas hembras delante, como esta lectora por horas, que a modo de sirenas nos embaucan con sus palabras, sin por ello ascenderlas a la clase social de madres de bastardos.

—Quiero romperle el vestido, arrancarle la lencería, desnudarme y lanzarme sobre sus rodillas para que me acoja como una madre y me propine azotes en las nalgas con sus manos blancas y de dedos finos.

—¿Por qué no te callas? ¿Dónde está tu dignidad? Recuerda que eres un futuro rey, perverso—. Y volviéndose noblemente, con su egregia nariz como portaestandarte de su tradición real, se dirigió a la hembra apetecible: —Señorita, perdone el impulso hormonal de mi hijo, es la adolescencia. Aún no ha cumplido los cuarenta años y sigue presa de sus fueros internos.

—Padre, eres cruel como un rey antiguo. No me dejas casarme con modelos de lencería, ni con bellas estudiantes extranjeras depravadas, me haces trabajar como príncipe cuando yo lo que quiero es holgar, y no me dejas solazarme con esta hembra.

el macho adulto de la especie sintió repentinamente el furor de los siglos de código genético destinado a mandar sobre el vulgo y, olvidando la presencia de la extraña, se levantó con gesto imperial y reprendió al muchacho.

—Si millones de súbditos me respetan y pagan mis caprichos, no serás tú, carne de mi carne, quien me recrimine. Te lo hemos dado todo. Posees todo lo que necesita un hombre para gustar a las mujeres; eres alto, rico, tienes la voz profunda y eres idiota; te hemos educado en los mejores colegios del país y del extranjero, allá donde nadie tendría valor como para suspenderte; cuando quisiste aprender a montar en moto, el Estado te pagó un curso de piloto de avión, porque tú no eres un cualquiera; casamos a



Miguel Angel de Rus



Y volviéndose noblemente, con su egregia nariz como portaestandarte de su tradición real, se dirigió a la hembra apetecible: —Señorita, perdone el impulso hormonal de mi hijo, es la adolescencia

las madres de tus hijos bastardos con nobles —de segunda fila, pero nobles— y si no estás satisfecho con tu vida sexual, puedes salir a dar un paseo por el barrio heterosexual de la ciudad, para que veas cuán lamentable es la vida amorosa de la plebe. No sabes lo que es el tren subterráneo, que al parecer denominan Metro, en el que las manadas de obreros se dirigen al trabajo. Ni siquiera sabes lo que es el trabajo. ¿Y tú, me levantas la voz? ¿Tú, que perteneces a una raza de grandes hombres? Nuestros antepasados perdieron, por este orden, los últimos territorios americanos y los penúltimos territorios africanos; yo mismo perdí los últimos, y tú tienes la oportunidad histórica de perder los primeros territorios patrios. ¿Quién tiene tan magnas oportunidades?

el joven aprendiz de Jefe de Estado compuso un gesto que podría inducir a creer que estaba meditando sobre tan sabias palabras. Finalmente, tras un tiempo de silencio, y limpiándose la real baba que corría por sus labios carnales, habló con su voz profunda.

—Permite al menos que te toque una teta. El padre quedó pensativo, como indicaba el hecho de rascarse las doce tribus de narices que ostentaba como heredero de su gloriosa estirpe. Cogió la botella de güisqui, y con un sabio movimiento bien entrenado echó el

gollete de la botella al colete. Saciada su real sed, quedó mirando el inmenso cuadro en que un ciervo intentaba atravesar un riachuelo, perseguido por una jauría de perros, su preferido, y finalmente, con ese tono de concordia tan alabado por los siervos de la prensa adpta, habló.

—Bien, señorita. Como puede ver nos encontramos ante una cuestión de Estado. El heredero de la institución que asegura la unidad de la patria necesita tocarle un seno. Creo que para usted será un orgullo colaborar en tal alto fin.

La muchacha, a quien se podría considerar una vestal, de vivir en tiempos dignos, alzó su barbilla distinguida, dejando ver un cuello fino y largo que hubiera hecho suspirar a cualquier hombre sensible. Se levantó del sillón con una dignidad herida propia de una estirpe de siglos de hombres de honor y, de haber permitido prestar atención a sus palabras el blanco color de sus suavísima piel, el Jefe de Estado y su hijo habrían oído decir:

—No reconozco más supremacía que la aristocracia del saber—. Dejó reposar el libro sobre el cuero del sillón y se acercó a la puerta, altísima, con gesto despreciativo. —Si queréis una puta, llamada a una de esas actrices que después os chantajejan. Al menos, tendremos de qué reírnos.

Cerró la puerta con suavidad, ya no como elegida por la diosa Vesta, sino como una Minerva encarnada en un siglo equivocado.

El joven garañón, con los pantalones en la mano derecha, la de saludar autoridades, dejó caer el labio inferior y con él un reguero de baba que, presto, llegó a limpiar el archiduque de servicio. La escena tenía la magnitud de una tragedia griega, de un drama histórico. Sólo fallaban los protagonistas.

—¿Te has fijado, egregio padre, en el lunar que brillaba en el nacimiento de su cuello?

—Sí, hijo, sí. ¿Acaso crees que yo prestaba atención a lo que leía?

—¿Y en el brillo de sus ojos?

—Esmeraldas puras, como las del último collar que regalé a tu augusta madre.

—Padre, era mirarle a los ojos, esos ojos románticos, distinguidos, profundos, esos ojos que hubieran enamorado al más grande de los reyes, esos ojos que cantarían los poetas y por los que darían la vida los héroes de leyenda, y la hubiera fornicado como un mono.

—Sabias palabras, hijo. Pero hemos de afrontar la realidad. Hemos sido despreciados. ¿Qué podemos hacer? Yo no salgo de la habitación porque tu egregia madre quiere llevarme a una exposición de esculturas de Camille Claudel.

una chispa de inteligencia brilló en los ojos del heredero. Extrajo de un cajón una funda que contenía un disco y lo puso en la inmensa televisión que presidía la sala.

—Papá; tengo lo mejor que puede ofrecerse a cualquier ser humano. Una película con los mejores enfrentamientos y lesiones de la liga de hockey sobre hielo norteamericana; al menos hay veinte peleas y sacan a diez jugadores ensangrentados en camilla. Violencia sin argumento.

el padre sonrió satisfecho. Pensó que los ciudadanos del país habían invertido bien en la educación de su hijo. Sacó dos botellas de güisqui sin estrenar de un armario y se sentó junto al muchacho. Le pasó un brazo sobre los hombros. En verdad vivían en el mejor de los mundos.

http://perso.wanadoo.es/miguelangelderus • http://miguelangelderus.blogspot.com



Últimos libros del autor:

- Donde no llegan los sueños
- Evas
- Malditos
- Europa se hunde
- Dinero, mentiras y realismo sucio
- Putas de fin de siglo
- Cuentos irreverentes
- Bäsle, mi sangre, mi alma



El amor por las palabras

Una de las características definitorias del escritor es su amor por las palabras. Las usamos, valoramos y cuidamos como si fueran las monedas de oro de la olla de Euclión (La Aulularia de Plauto), o de Harpagón (El avaro de Molière). Son nuestro tesoro. Nos emocionan y nos conmueven. Creemos en su fuerza como la energía que recoge la historia de los seres vivos sobre la tierra. Los escritores dramáticos sabemos que no son el único lenguaje escénico, que se mezclarán y tomarán vida al ser “vistas” (imágenes) y encarnadas por las emociones de los actores, pero ahí siguen estando nuestras palabras representando a todas las palabras del mundo. Tenemos algo que decir, y alzamos la voz para ser oídos, para ser escuchados. Como Marco Antonio en Julio César, de Shakespeare, reunimos a los ciudadanos y les comunicamos con toda la belleza, precisión, fuerza y valor que somos capaces de darle a nuestras palabras: ¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! ¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle...!

Mientras escribo estas líneas tengo la obra de Shakespeare en mis manos, “oigo” sus palabras. Siento cómo llega a mí su emoción al contarme la historia de Antonio, Julio César, Bruto, Casio, Octavio, Cicerón... el senado de Roma, sus calles y sus plazas. El triunfo y el fracaso, el poder y la muerte. ¡Los idus de Marzo!; ¡Et tu, Brute!... Voy al principio de la obra: ¡Fuera de aquí! ¡Gente ociosa, id a vuestras casas! ¡Es hoy día de fiesta...!, así comienza Julio César. Esas fueron las primeras palabras que el autor depositó amorosamente sobre el papel, y ahora se reflejan en mis ojos, al leerlas escritas. A unos metros, ordenadamente pacientes en sus libros, esperan en mi biblioteca millones de palabras a que yo necesite de su alimento, contando la historia de la vida y las pasiones de los hombres.

El lenguaje teatral

Al escribir una obra dramática los autores sabemos que esos textos escritos no sólo han de transformarse en orales sobre el escenario (con todas las diferencias existentes entre la palabra hablada y la escrita), sino que han de ser incorporadas de forma vivencial por un actor. Es decir, han de ser “interpretadas”. El sentido literal de las palabras es así puesto a prueba por la personalidad del personaje, la situación, e incluso hasta por la carnalidad y personalidad del actor.

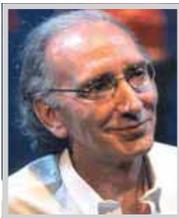
Si la oralidad está llena de los matices y colores que da el hablante, muy superiores al del lenguaje escrito que nunca puede apresar esa complejísima realidad de la lengua como comunicación viva,

¡Fuera de aquí! ¡Gente ociosa, id a vuestras casas! ¡Es hoy día de fiesta...?, así comienza Julio César.

mucho más rico es el diálogo teatral, pues trata de apresar lo mejor de ambos lenguajes (añadiendo a la oralidad la función poética que tiene, a veces, el lenguaje escrito). Es diferente lo que las palabras quieren decir a lo que el personaje quiere decir con ellas. Las intenciones comunicativas son esenciales, pues muchas cosas están “implícitas” en una comunicación, que depende de la capacidad del que habla y el que escucha para inferir las intenciones.

El texto como material dramático

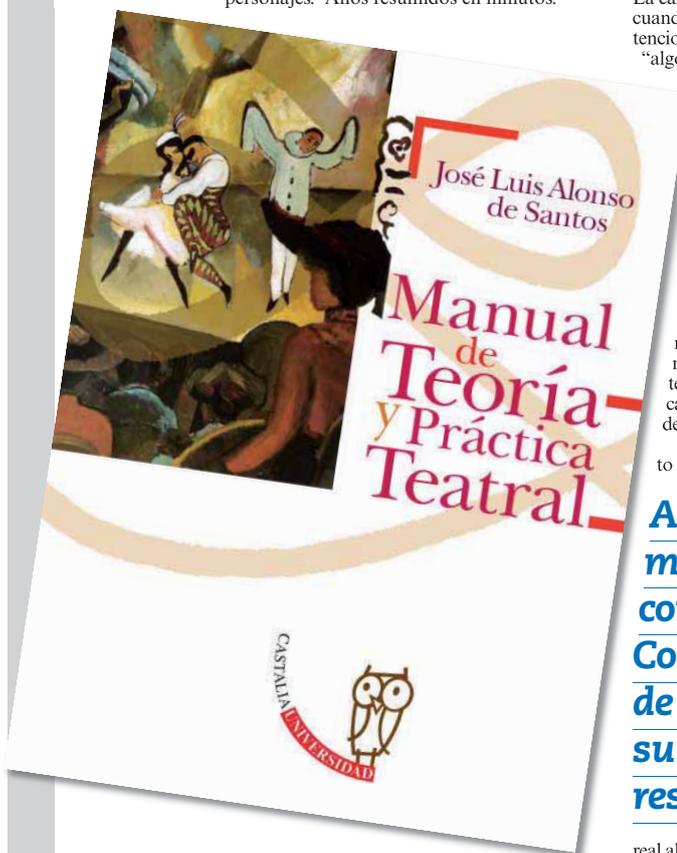
Al hablar en otros capítulos del conflicto, del personaje, de la formación de los actores o de diferentes variables del hecho teatral, hemos



José Luis Alonso de Santos

hecho referencia ya a muchos de los factores de los que vamos a hablar aquí (la intencionalidad del texto, el elemento emocional, la situación, etc.), pero ahora lo haremos situando el trabajo del autor en el enfoque principal.

También hemos hablado en otros momentos de la síntesis teatral, y de cómo los factores dispersos y caóticos de la vida han de ser codificados en el teatro logrando un acuerdo previo con el espectador —o lector— de las dimensiones de tiempo, espacio y causalidad: un espacio convencional, una causalidad encadenada en la acción dramática y un tiempo de vida del personaje que tiene como característica esencial la brevedad, pues toda su peripecia vital va a ser interpretada por un actor en el marco temporal de unas dos horas, que además tiene que compartir con otros personajes. Años resumidos en minutos.



Emociones concentradas. Conflictos llenos de urgencia por su necesidad de resolución inmediata.

El único material con el que cuenta el autor para crear ese mundo particular y artístico son las palabras. Palabras que en el teatro, más que en cualquier otro campo de la literatura, han de tener un significado concreto, específico y vivencial. El diálogo teatral debe tener una capacidad de comunicación sonora, cercana, real y auténtica con el espectador. Ha de ser verosímil y emocional. Y, en resumen, ha de tener como condición principal la de ser material dramático interpretable por un actor convertido en personaje.

Es decir, las palabras definen a los personajes en cada momento del desarrollo de la acción dramática: sus conflictos, sus metas, sus emociones, sus relaciones con el entorno, su posición social, sus logros y fracasos, y su manifestación externa como seres humanos.

Los personajes, sometidos a situaciones dramáticas, esto es, conflictivas, responden a los estímu-

los de su entorno de una manera no “normal”, sino “alterada” emocionalmente por lo que les está pasando. Por lo tanto su lenguaje va cambiando en el transcurso de la obra en función de esa situación dramática en la que viven, transformándose al mismo tiempo que su conciencia y su situación. Conforme la trama se va acercando al clímax, donde la tensión llega a su límite, se descubren las frases que los personajes han ido ocultando y que inevitablemente tienen que salir, porque no pueden seguir guardadas. Estos son los momentos en los que el autor se pregunta: ¿qué le dice un ser humano a otro cuando ya no hay palabras que decir? Y a partir de aquí lo que digan los personajes será a veces sorprendente, o una revelación de lo secreto, escondido en ocasiones hasta para sí mismos.

La intencionalidad

La característica principal que tienen las palabras cuando están dentro de un texto teatral es su “intencionalidad”, que podríamos definir como ese “algo más” que acompaña a las palabras y que está íntimamente ligado a la historia de los personajes y a los conflictos en los que se hallan inmersos. Es decir, las palabras no tienen significación propia, sino que la adquieren en función del contexto en que se dicen. Lo importante no es sólo “¿qué se dice?”, sino “¿por qué y para qué se dice?”

Interpretamos el mundo, y las señales que nos llegan de él, a partir de nuestros deseos y motivaciones. Nuestro lenguaje es, pues, intencionado según esos deseos. Enviamos mensajes e interpretamos los que recibimos a partir de nuestra personalidad y nuestra situación, y de la relación que mantenemos con el mundo (representado en cada caso por “el otro” que se opone a nuestros deseos).

La finalidad del personaje en cada momento de la obra es, por tanto, la que da el valor

Años resumidos en minutos. Emociones concentradas. Conflictos llenos de urgencia por su necesidad de resolución inmediata.

real al lenguaje teatral por medio de la situación. El personaje tiene una intención al decir algo. No habla por hablar, sino con un “¿por qué?” Es diferente decir “te quiero” con la intención de engañar a alguien para conseguir de él un favor, para justificar una infidelidad, preparando una futura separación, tanteando al otro por una finalidad sexual, etc. Es decir, “te quiero” tiene un sentido literal determinado, pero según el deseo del que lo dice, su intencionalidad, va a modificar su valor como signo lingüístico.

En los ensayos de una obra, uno de los trabajos principales de los actores y el director es desentrañar y asimilar las intenciones encerradas en el lenguaje. Las palabras de un texto dramático son sólo la parte visible de una realidad más compleja, semillas encapsuladas que el actor ha de transformar en frutos sobre el escenario por medio de su arte.

La construcción del diálogo teatral exige, pues, gran conocimiento y destreza en el autor, ya que a través del mismo da a conocer los caracteres de los personajes y, sobre todo, los deseos y las intenciones que tienen en ese momento específico y concreto del desarrollo de la acción.

Texto extraído del libro “Manual de Teoría y Práctica Teatral” de José Luis Alonso de Santos, por Cortesía de Ediciones Castalia y del autor

Albert Boadella

“El oficio teatral ha sido siempre un guetto de libertad”

Albert Boadella lleva dedicado más de cuarenta años al oficio de comediante, estrechamente relacionado con Els Joglars. En su currículum hay obras como “Olimpic man moviment”, “L’odissea”, “La torna”, “Teledeum”, “Virtuosos de Fontainebleu”, “Columbi lapsus”, “Yo tengo un tío en América”, o “Ubú president”. Siendo el más destacado hombre de teatro catalán han dejado de contratarle los teatros públicos de la comunidad autónoma. Denuncia lo que sucede en su tierra natal en el libro “Adiós Cataluña”, Premio Espasa de ensayo. Todo habitante de Cataluña que quiera verle, por primera vez en cuatro décadas, tendrá que viajar, porque Els Joglars no pisará más escenarios catalanes.

“Adiós a Cataluña” se ha convertido en uno de los grandes éxitos editoriales de 2007.

Es cierto. Este libro surgió porque tenía que mostrar las dos obsesiones que me han perseguido durante mi vida: la mujer y la defensa de mi espacio de libertad. Esa defensa ha significado la guerra; la guerra contra quienes querían recortar mi libertad. Yo he promocionado esa guerra a través de mi oficio, aunque trato de no hacer un oficio psicodramático para mí, porque cuando acabo con el trabajo de construcción de mi obra no la llevo a casa. No me contamina el oficio, como le pasa a muchos otros colegas.

De todo cuanto refleja en “Adiós a Cataluña” se incide en los medios en la idea de la denuncia del nacionalismo catalán y se olvida el papel de la mujer.

En mi libro hay dos niveles de lectura. El primero es funcional, es el más rápido de entender, el más sencillo; es una despedida. Els Joglars no actuará más en el territorio catalán, que es mi tierra, por la falta de libertad que hay en Cataluña debido al miedo que produce el nacionalismo catalán, el miedo que tienen los ciudadanos a no ser puros. Ahora bien; en el mundo del lector se destaca que hablo de una mujer, de la apología femenina, desde la óptica de un hombre que reconoce haber sido holgadamente agraciado por las mujeres.

En una ocasión, Fernando Fernán Gómez me dijo que se metió a cómico porque era el modo más fácil de conquistar señoritas.

(Ríe abiertamente, incluso al comienzo de su respuesta) Hay oficios seguramente más apropiados para conquistar a las mujeres, como ser torero. Pero para los que no tenemos el valor de ponernos delante de una fiera de media tonelada, nos queda la opción de ser cómicos, que en el fondo también es una profesión de posturas, un oficio en el que todo es simulación, y que conlleva una cierta promiscuidad. Además, es cierto que facilita la conquista el hecho de que el oficiente ejerce un cierto

dominio sobre las feligresas. O sobre los feligreses, según cada cual.

Eso es cierto. El oficio teatral ha sido siempre un guetto de libertad no sólo en el sentido ideológico, sino también en el sexual. Durante siglos un homosexual sólo tenía libertad uniéndose a los cómicos.

La censura económica de las instituciones catalanas

Se ha pasado de que contraten a Els Joglars de diez a doce actuaciones de cada obra en Cataluña anualmente a que sólo le contraten dos por año. No se les censura, se les impide entrar.

Digo adiós a Cataluña porque es algo recíproco. Digo adiós a Cataluña, pero “ellos” están encantados. Lo lamentarán los seguidores fieles, que hay muchos, pero los políticos nacionalistas y sus socios están encantados porque nos consideran traidores a la esencia de la tribu. Esto se ha ido notando de año en año cada vez más. Como la desconsideración ha ido en aumento, porque he sido denigrado e insultado —y recojo los insultos en las primeras páginas de “Adiós a Cataluña”— mi prestigio como artista ha quedado bajo cero en Cataluña. El público nacionalista pensó que ir a ver nuestro espectáculo era pagar al enemigo y dejaron de ir. Al mismo tiempo, nuestra producción “En un lugar de Manhattan”, sólo pudo tener dos representaciones en Cataluña, en el Teatro Lliure de Barcelona y en Gerona. Antes nos contrataban cada obra diez o doce ayuntamientos, pero los ayuntamientos, que son en gran medida quienes mueven el dinero del teatro, dejaron de contratarnos. Se acabó; ya no nos contrata ninguna entidad pública en Cataluña. Pero, además, de doscientas cincuenta intervenciones públicas que tenía cada año en Cataluña, entre conferencias, mesas redondas y entrevistas, he tenido el año pasado sólo dos o tres. Es un boicot. Nadie llamó a boicot por SMS, nadie hizo una campaña

JOHN BOYER



como contra el cava —por cierto, del cava nadie dijo que era malo, sino que se boicoteaba por razones políticas, a nosotros se nos ha atacado personalmente— pero todo el mundo supo lo que tenía que hacer, todo el mundo sabía que no se nos podía contratar. ¡Y eso es lo grave! En Cataluña todo el mundo entendió que a Els Joglars había que aniquilarlos.

¿Quién es el culpable de que hayan echado a Els Joglars de los teatros de Cataluña?

La ciudadanía tiene una gran responsabilidad. Unos pocos la tienen por acción y la mayoría por omisión, por silencio, por dejarse imponer el miedo. En Cataluña cuando alguien no comparte los principios fundamentales de la tribu, automáticamente queda marginado, se le excluye

del resto del territorio español y de otros países me invitan.

¿Conoce casos de otras compañías teatrales catalanas que tengan problemas de distribución por no ser políticamente dóciles?

No creo que haya casos similares, porque en nuestro gremio lamentablemente se intenta estar a bien con todos. Se va de “buen rollo, tío.” Sólo hay una minoría capaz de enfrentarse a los poderes, como históricamente había hecho el gremio teatral, que siempre fue molesto para los poderosos. La mayoría pretende no estar a mal con quienes les dan de comer, porque quienes contratan a las compañías de teatro en Cataluña son mayoritariamente las instituciones. Eso resta libertad de un modo tremendo. Desde el punto de vista de los contenidos el teatro es cada vez menos arriesgado, menos transgresor, ya no se critica a nadie, si acaso de una forma un tanto global, a alguien lejano, mejor si es Bush.

Franco le encarcela. Es usted un rojo, se le molestan los rojos, le boicotean los nacionalistas. Está enfrentado con todo el mundo.

Bueno, bueno, no con todo el mundo; con una parte del mundo. He seguido tener como adversarios a gente que eran aliados. Lo curioso es que yo sigo exactamente en el mismo lugar, sólo con los cambios propios de una persona que se hace mayor, pero mis ideas son las mismas. Cuando me he enfrentado con el Partido Socialista de Cataluña es porque no era nacionalista y se volvió nacionalista... y entra en una contradicción. No se puede ser socialista y nacionalista. Me encuentro con situaciones no deseadas, no busco encontrarme un enemigo cada metro, no soy masoquista. Sólo busco que se respete mi espacio de libertad. Lo que sucede es que uno no puede escoger, y te toca enfrentarte a militares y a clérigos, y pasan los años y tienes que hacer los mismo con los brujos de la tribu. Lo bueno es que me he mantenido intelectualmente en forma y se ha convertido en la base de mi teatro, se ha convertido en creación.

En el resto de España siguen teniendo un público fiel y sus producciones son muy valoradas.

En el resto de España aumentamos con Els Joglars los niveles de público de año en año. Me piden más conferencias, más entrevistas... Una universidad catalana jamás me ha invitado a dar una conferencia, pero las universida-



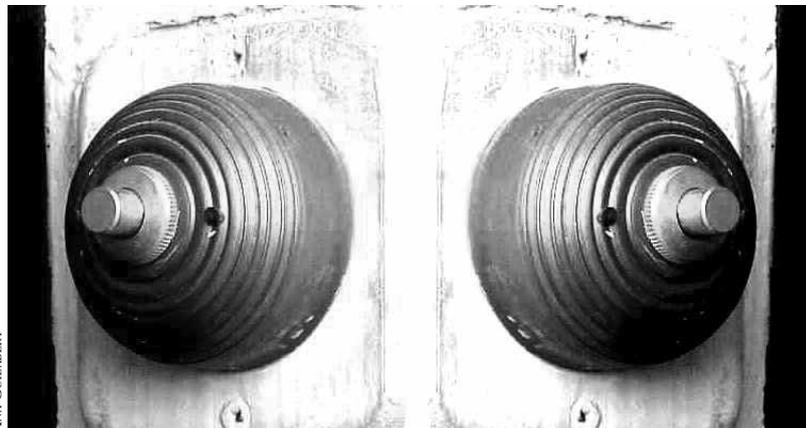
El último timbre del día

No pudo evitar, en el momento en que tocó el timbre del 27, que de golpe se le vinieran encima todos los otros timbres que alguna vez había escuchado en su vida. Recordó los timbres al final de las clases, y también los timbres de regreso a casa cuando la primaria, pulsar el botón y en un plis salir a todo meter, y reirse de la señora que escupía víboras mandándolos al carajo, o del loco Martín, que amenazaba con resucitar a Herodes, y se lo voy a decir a tu madre que la conozco, y lo de siempre. A su memoria volvieron también, en ese instante, los timbres de los amigos con los que había empezado a entender los matices de que se componían las cosas de la vida. Porque algunos, como Carlos Cerdán o Julio Tonda, tenían en casa buenos timbres, de los de carillón dorado, que cuando sonaba daba espasmos al que llamaba, como que parecía a bote pronto la llamada del Gran Juicio, y que el que iba a abrir fuese San Pedro, aunque luego saliera la hermana de Carlos, que tampoco desdecía de la ilusión, a qué negarlo. La mayoría de los amigos, sin embargo, tenía timbres de chicharra, de esas que desgañaban un mec largo y relapso, que atravesaba el oído y además lo ponía a uno de mal talante. Recordó también muy diáfano, el timbre de Guille Ruano, que sonaba como éste del número 27, un ding-dong proletario y como con mala conciencia que apenas vibraba, para no molestar seguramente. Era un poco como él mismo: Guille Ruano casi no hablaba, y siempre se dejaba llevar, además nunca invitaba a nadie a casa. Los amigos habían comentado, alguno incluso había llegado a insinuar que su padre, bueno, mejor callar, y que en fin, que la madre tenía una cara de bruja que. Pero eso era porque nadie había ido a su casa a comprobarlo, porque un día, cuando iban por la calle la panda entera, y Rafa Aranda, Pepe Ballester, los hermanos Alonso y Carlos Cerdán, se encontraron con la madre de Guille, y casi que con eso entendieron el poco interés que tenía en animar el asunto de las visitas. La madre era también muy poca cosa, como Guille, y como el timbre. Sin embargo, él la miró desde sus nueve o diez años, y contra todo pronóstico, se enamoró de esa cara que debió de tener su brillo en otros tiempos, y que ahora se ahogaba en una borrasca de tristeza. Pero no se lo dijo a nadie, porque era verdad que la madre de Guille era muy poca cosa.

Y ahora estaba ahí como después de un círculo endiablado, esperando a que abriera la puerta del 27, y tratando a la vez de desamarrarse un futuro que se le anudaba al cuello y lo amenazaba. Tenía decidido al menos que éste sería el último timbre, el último del día y el último de la puta vida de vendedor, fin de la mala experiencia, otra vez a darle la razón a papá por haber dejado la carrera a medias, total, por unas monedas rápidas y tanta mierda. Bien, era la despedida, y punto. Así que en eso dio un zarpazo, y espantó la nube de cada recuerdo. Se arregló la corbata y enseguida notó que la seguridad del triunfador se le subió por las mejillas. Este timbre sería el último, y además sería una apuesta. Un juego. Iba a triunfar como los grandes, aquí, en el 27. Así que cuando quiso reaccionar, ya hacía unos segundos que había sonado el timbre, y muy cerca se oían los pasos que se acercaban. Abrió una mujer. La mujer lo miró con una media sonrisa al saludar, y él como que sólo supo pedir disculpas por su



Santiago García Tirado



ANA GUILBERT

torpeza de triunfador recién coronado pero en fin, como pudo recompuso su determinación, y así que venía a lo que venía, unos seguros señora, vengo a ofrecerle unos seguros, y en lo que él esperaba que iba a ser un desplante (pero sería el último de la puta vida de vendedor), la señora se mantuvo en su sonrisa simple y aturrida. Casi ni oyó cuando lo invitó a pasar.

La señora caminó torpe y como titubeante en su terreno, y sin perder una sonrisa servil, lo invitó a que pasara hasta el salón. Le preguntó si quería un cafetito, luego le insistió en que se sentara cómodo, y que sí, que le interesaba mucho la cosa de los seguros, y estos tiempos, ya sabe usted cómo van, y hay que prevenirse por lo que pueda pasar, pero qué le voy a decir yo a usted que trabaja en esto. El caso es que no tardó más de diez minutos en volver con una bandeja azul de bordes oxidados, una cafetera de aluminio con muchas glorias a cuestas, y un platito con seis o siete galletas amontonaditas que parecían haberle costado todo el protocolo del mundo.

Pero él estaba en su juego, y ahí cumplía el porte seguro y la sonrisa entre alta y picarona, así que le sirvió primero a la señora, luego se puso su taza hasta arriba, y con mucha distinción tomó una galleta. Entonces otra vez lo ganó la zancadilla de la memoria, y cuando quiso reaccionar, ya estaba tocado en alguna de las fibras blandas. Miró la lámpara de seis brazos y las bombillas de velita. Miró a las paredes y vio láminas de una cacería de ciervos, y un sagrado corazón, y otra más que decía Recuerdo de Mijas. Miró el sofá de skai verde, con sus dos cojines de terciopelo, y un pañito enorme de croché amarillento que algún día debió de haber sido blanquísimo. Miró las sillas enormes, el mueble-bar sembrado de fotos familiares, y entonces ya no pudo, porque de nuevo lo invadió el olor salado de la sangre, y las cortinas estampadas y ahí, en medio de todo, la mujer que hablaba en voz bajita y decía algo muy tonto otra vez, como que los seguros estaban muy bien y eran todo un invento. En fin, que de golpe se sintió muy cabrón, sentado en su sitio sin ganas de vender nada, tratando sólo de vengarse del mundo en su último día de trabajo y haciéndole perder el tiempo a una mujer que, sin embargo, parecía a gusto en su compañía. Era muy poca cosa, bajita y mal arreglada, pero cómo sonreía, así, como

si fuera la primera vez de su vida, y levantaba el meñique tan cursi, y le temblaba. Luego se fijó mejor en ella, y hasta se dijo que no era fea, ni siquiera mayor, es más, de haberse podido quitar de encima esa borrasca de tristeza acaso resultaría graciosa. Así que todo empezó en su cabeza a formar otra vez el cuadro conocido (también el café caliente, también la sonrisa huidiza). Cuando desde el fondo de la casa le llegó el eco de la voz cascada gritando, terminó de entender que el tiempo no había hecho más que girar, y ahí estaba otra vez. El hombre no aparecía. Desde la oscuridad gritó muy hosco que qué pasaba por ahí, ya estás otra vez tú como siempre, y sin hacer nada. La mujer se avergonzó. Entonces ya no volvió a mirarle a los ojos. Todavía otra vez volvió a romperse la voz en la penumbra con algún exabrupto, y un portazo terminó de dar las buenas tardes de una forma que la mujer pareció aceptar.

La mujer lo miró con una media sonrisa al saludar, y él como que sólo supo pedir disculpas por su torpeza de triunfador recién coronado pero en fin.

Él entendió también, y aunque no era lo que esperaba esa tarde, decidió que no tenía motivos para marcharse, no en ese momento. Así que se puso en pie muy ceremonioso, porque era un triunfador, y porque sabía cuándo había que cumplir, y cumplía. La mujer gimoteaba como una muñeca tonta, pero ya estaba todo decretado, el olor del café, los gruñidos bajo la almohada, el timbre. Allí cerca, en la cocina, tendrían todo lo necesario. Ella sólo tenía que repetir el papel y actuar con rapidez cuando él diera la orden. Así que otra vez la tomó de la mano, la acompañó por el pasillo, y ahora sí, en la oscuridad la vio por fin como era, resentida y muy poca cosa. Al entrar en la habitación del fondo con la almohada en la mano ya no tuvo duda de que era la mamá de Guille. Y él de nuevo se guardó la navaja en un bolsillo, como recordaba que siempre había que hacer.

<http://santiago-tirado.blogspot.com> • <http://www.garciatirado.es>



Último libro del autor:

• Un preso que hablaba de Stanislawski

Historia Sagrada: Santa Catalina de Siena y el Purgatorio

Catalina, Caterinetta para los intimos, nació en 1447 en el seno de una noble familia genovesa que había producido ya dos papas y varios obispos y cardenales. A los trece años intentó ingresar en el monasterio de Santa María de las Gracias, pero su familia lo impidió, casándola poco después con un libertino de clase alta. Su flamante marido la pervirtió, consiguiendo que tomase gusto a la movida y a la farándula, estado en que permaneció diez años.

Cuando tiene veintiséis años experimenta un voluntoso de confesión, a instancias sobre todo de su hermana Limbania y, al observarse a sí misma confesando aquellos horribles pecados, se vuelve santa de golpe.

Pero había mucho que ir pagando, así que, en primer lugar, pasa cuatro años de vida purgativa a base de penitencia, austeridad y oración. Después diecisiete años de vida iluminativa con ayuno absoluto, oración extática y comunión diaria. A la altura de la vida iluminativa comenzó a interesarse por el asunto del Purgatorio, atención que mantiene cuando se sumerge en la vida unitiva, donde pasó diez años, hasta el final de sus días. Con el material que aportó la santa, su confesor y un hijo espiritual redactaron el "Tratado del Purgatorio".

Según explica la santa, el Pecado, como todo, tiene su punto, y hay que entenderlo para moverse con soltura por un universo tan imperfecto y tan sembrado de asechanzas teológicas. Cada hecho pecaminoso se hace acreedor a dos faltas, una ontológica y otra jurídica, y el Sacramento del Bautismo borra en el hombre toda pena y culpa jurídicas, pero no toda la pena ontológica. Las penitencias que se imponen en esta vida están pensadas para cubrir el sobrante de culpa, pero casi nadie hace en la tierra penitencia suficiente. Como a Dios debe accederse absolutamente purificado, el saldo contable de las cuentas o, si se prefiere, el ajuste ontológico fino, debe realizarse en el Purgatorio.

Una vez presentado el lugar, Catalina va explicando cómo es la cosa: para empezar, conviene saber que las almas en estatus de Purga no desean estar en ninguna otra parte, aunque haga más fresco, porque éste es el único camino a la purificación total y, por tanto, a Dios. Allí no existe el agravio comparativo, porque cada uno va a lo suyo. Y tampoco piensan en los pecados por los que pagan, no sea que puedan sentir nostalgia y estropear el efecto general. Son pura caridad y no quieren ni deben saber o sentir nada más que eso: caridad y un extremo sufrimiento limpiador.

Asombra comprobar lo informada que está la santa de lo que ocurre en este lugar, por lo demás carente de línea aérea regular. Catalina, rebosante de información, añade que las almas del Purgatorio están muy contentas pese a la demencial climatización, porque, según el castigo por fuego carboniza los pecados y churrasca la maldad al tiempo que sus propios bigotes de penados, el influjo de Dios se siente con más fuerza, con la pujanza del sol cuando despunta al amanecer y va inundando el mundo con su luz.

Sin embargo —afirma la santa—, las penas que sufren estas almas son terribles, inexuperables, de puro extremadas y feroces. Y esto



Rafael Domínguez

tiene explicación: como Dios y el alma desean su unión, el impulso a consumir compulsivamente el pecado es absoluto, y el rigor del fuego aumenta para que el tiempo de espera se reduzca. En cierto sentido el Purgatorio es más duro que el Infierno, porque el alma en pena se apresura a Dios apurando el sufrimiento y la expiación.

No obstante tales ansias compartidas, la deuda se paga entera, porque así lo exige la justicia divina: en este lugar no existe la reducción de pena por buen comportamiento, ya que el Purgatorio mismo es un exponente de misericordia divina y, si la inmensa bondad del Creador no hubiese entrado en juego, un solo pecado del hombre merecería mil infiernos perpetuos.



La santa remata la faena informativa explicando que el Purgatorio participa del Cielo y del Infierno, ya que junta al tiempo un gozo inmenso nacido de la creciente expectativa de acceso a Dios y un dolor infernal necesario para purificar el pecado. El penitente es, pues, un héroe de dos mundos.

La existencia del Purgatorio está refrendada por la Biblia, cuando este texto se sabe interpretar de forma adecuada, concretamente en 2º Macabeos 12, 43-46, donde se asegura que existe una purificación después de la muerte, en Mateo 12,32, Lucas 12, 58-59, San Pablo 1º Corintios 3, 12-13 y 15,29. El Concilio Vaticano Segundo también se ocupa del Purgatorio cuando afirma: "Este Sagrado Concilio recibe con gran piedad la venerable fe de nuestros hermanos que se hayan en la gloria celeste o que aún están purificándose después de la muerte".

En la misma línea de lo anterior, la reciente Instrucción Pastoral "Teología y secularización en España", en su apartado 41, lamenta que se dude de la existencia del Purgatorio, y esto se ha escrito en marzo del 2006.

En la orilla del río Tiber, muy cerca del Vaticano, se alza la Iglesia del Sagrado Corazón del Sufragio, templo éste que atesora un conjunto de pruebas físicas relativas a la existencia del Purgatorio, y uno no debe perderse este lugar si se visita Roma. Algunas de estas pruebas son especialmente interesantes porque permiten

profundizar en un punto sensible, a saber, la duración estimada de las penas de purificación del alma.

El 5 de junio de 1864 la hermana Margarita del Sagrado Corazón recibió la visita de la hermana María, monja clarisa fallecida poco antes. La visitante explicó que había cometido el pecado de desear ardientemente su muerte a causa de los dolores que le producía la enfermedad que acabó con ella. Puede pensarse que no se trataba de un asunto tan grave, tan sólo un puntito de desesperanza, poco más que un "Dios mío, pasa de mí este cáliz", pero, quizá por tener peores abogados que otros, le habían caído veinte años. Ahora bajaba a pedir oraciones que abreviasen la pena, y, para demostrar que no era una alucinación, María tocó con un dedo de fuego la funda de la almohada de Margarita, convirtiéndola en una de las diecinueve huellas que figuran actualmente en el museo.

Lo interesante del caso de María es que informa de la cuantía de la pena impuesta por un pecado de referencia y este dato va a permitir al estudioso estimar la permanencia media en el Purgatorio.

Para establecer el cálculo tomaremos como indicador la castidad que, según San Alfonso de Ligorio, da lugar a la gran mayoría de condenaciones. Esta línea de pecados afecta seriamente a unas seis décadas de vida humana y puede registrarse con eficacia tomando el caso de un fiel medio sometido a ocho horas de promiscua oficina y tres horas de televisión. Se anota, pues, estimativamente, la exposición diaria al pecado:

Setenta y dos ocasiones consentidas, a consecuencia de contoneos de secretarías y compañeras (prudentes nueve por hora), contemplados con fruición, espíritu participativo y, en ocasiones, frases de apoyo enfervorizado.

Once audiciones de chistes obscenos o irreverentes.

Treinta y dos deseos de asesinato del Jefe directo u otro miembro de la Dirección (prudentísimos cuatro por hora)

Veinticinco deseos impuros y diversos, experimentados en el visionado de la televisión (desde impulsos lujuriosos propiamente dichos, hasta deseos incontinentes de liquidar a presentadores, políticos y participantes en programas basura).

Se totalizan ciento cuarenta y dos pecados mortales diarios que, aplicados a los días de sesenta años operativos y con una pena promedio de veinte años por pecado, nos conduce a unos sesenta y dos millones de años de purificación.

Cada día de estancia en la tierra nos estaría saliendo por unos 2.800 años de Purgatorio: no es extraño que las almas en pena se aparezcan en la Iglesia del Sufragio, incluso en el armario de casa, solicitando oraciones para abreviar el trámite.

Y es que, cuando se juega con culpas originales antediluvianas y reparaciones infinitas uno no puede escandalizarse con la cuantía de las facturas.

<http://rafaeldominguez.blogspot.com/>



Últimos libros del autor:

- La firma cristiana como marca
- Historias extremas de América
- Historias del sexo prohibido
- Estructura social española
- Las excursiones americanas de los españoles



Crítica literaria

por Eduardo Campos Castaño

Crítica mi crítica en ecamcas@terra.es

Un preso que hablaba de Stanislavski

Santiago García Tirado

Un preso que hablaba de Stanislavski es uno de esos títulos sudamericanos, que prometen una historia seductora con la que tomarse un mojito y mecerse a la fresca de la tarde o al calor de una chimenea bien abrigadito; pero es más, es la historia del detenido Delio Boix, quien había hecho teatro y cine, aunque la mayor parte de las veces era el teatro lo que le llenaba hasta el borde el vaso de las horas muertas. Es un hombre duro, "yo también tengo genoma, y se me está hinchando", que cree que ya lo ha visto todo en la vida hasta que descubre que hay un policía para demostrar que el límite de la ineptitud puede ser superado. La raíz de sus males podía estar en una mujer, Estela, un animal asustadizo, turbador y salvaje en distancias cortas; o en Eva, quien debía ser su amante. De ser cierta la sospecha, ella sabría cualquier cosa que les faltase en la investigación. Y todo era entonces Eva, presagio o retorno de Eva, Eva en el sofá leyendo acostada, Eva comiendo una manzana indiferente a cuantos paraísos pudiese en peligro.

Es la historia de un amigo que pasó de la falange a la barba revolucionaria y la cultura, de teatros, la historia de Delio, un Pigmalión que crea mujeres de la nada. El origen de todo está en Stanislavski, aunque no lo sabíamos; el mejor amigo del hombre es el cigarro que te quema las entrañas. Estamos ante una novela que atrapa al lector, con su tempo y su atmósfera, y regala el simple placer de la lectura.

Santiago García Tirado nació en Linares, en 1.967. Conocedor de autores clásicos y modernos, de lo culto y lo popular, viajero, enamorado de la vida, enemigo de las medias tintas, desde sus primeros textos publicados apuntó los modos de esa escuela milenaria de autores movidos por el raro placer de contar.

Al concederle el premio Teruel por el relato Un fotógrafo en la siesta, Javier Reverte se manifestó sorprendido: "Es difícil encontrar un cuento tan redondo". Sánchez Dragó destacó su "prosa restallante", y la construcción de una estructura "casi perfecta". Se trataba del reconocimiento a la madurez de su estilo. Con ese mismo aliento nos presenta su nueva obra, Un preso que hablaba de Stanislavski.



Mi adorada Nicole y otras perversiones

Javier Membra

Estamos ante una recopilación de textos que fueron escritos para elmundolibro.com, suplemento literario de elmundo.es. También hay algunos que pertenecen a un registro personal donde el autor, obedeciendo a una anti-gua costumbre, reflexiona sobre sus lecturas. Ante estos dos datos, casi huelga apuntar que las perversiones aquí reunidas son literarias. Ahora bien, que nadie se llame a engaño: en modo alguno son críticas. No hay ninguna descalificación. Se trata de noticias de libros que, aunque deberían ser de fondo editorial, no suelen encontrarse en las librerías. Tampoco faltan artículos sobre novedades —que lo fueron en el momento de reseñarlas— ajenas a las modas y a las lecturas al uso. Así, por estas páginas desfilan clásicos de Raymond Rossel y William Saroyan junto a rarezas de Dino Buzzati y Ernst Jünger, semblanzas de Theodor Adorno junto a reivindicaciones de novelas jamás traducidas al español de Víctor Hugo y novedades de Canabal o Rus. En su conjunto, estas piezas pueden entenderse como un repaso a los aspectos menos publicitados de la producción editorial española a lo largo del primer lustro de nuestro joven siglo —tiempo en que los artículos fueron colgados en la Red— que culmina con una exaltación de toda una leyenda de la centuria pasada: Tintín. No en vano, el infatigable reportero de Le Petit Vingtième es la primera referencia de la mitología personal —y literaria por extensión— de Javier Membra. Todos los textos están tratados con un lenguaje muy ágil y muy apropiado al medio en que fueron pensados.

Javier Membra nació en Madrid en el año 1959 y se dio a conocer como novelista con títulos como "Homenaje a Kid Valencia" (1989), "Disciplina" (1991) o "Good-bye, señorita Julia" (1993). Aunque también ha sido guionista de cine, radio y televisión, su actividad literaria, principalmente, se ha centrado en el artículo periodístico. Es colaborador del diario El Mundo desde 1990, donde ha publicado cientos de piezas, y amante apasionado del cine antiguo; fruto de esta inquietud ha publicado "La nouvelle vague" (2003), "El cine de terror de la Universal" (2004), "La década de oro de la ciencia ficción" (2005) y "La serie B" (2006).



Victoria y el fumador

Alberto Castellón

Agustín busca desesperado a Victoria entre las galerías del mercado de Atarazanas. Allí fue donde un sábado se topó con ella tras casi un año de ausencia. Victoria es el punto de partida de la historia, un año y medio atrás, cuando ella —fantástica Venus en el atrio de una iglesia, con cuerpo de página derecha de revista pornográfica— se cruza con él por la Alameda. Él no puede dormir junto a su esposa pensando en ella, en la modelo fotografiada desnuda, lasciva e incitante junto al castillo de Gibralfaro. Agustín busca entre sus revistas pornográficas hasta que encuentra las fotografías de Victoria y su vida explota por la obsesión de volver a encontrarse con ella. La vida conyugal se resiente por las escapadas nocturnas de Agustín buscando a Victoria y porque ha sustituido el coito con su mujer por una vida sexual paralela con la revista pornográfica. Agustín es un Ulises que no busca su Ítaca, sino a Victoria.

Alberto Castellón (Málaga), Doctor en Matemáticas y Profesor Superior de Guitarra, inició su andar literario en la ciencia-ficción y el género fantástico, cosechando el primer premio en el II Concurso de Relatos "ASCII" y publicando dos de sus relatos en sendas antologías, El Pequeño librito de hojas color naranja y Apuntes para un Experimento. Abandona la narrativa de género y publica la novela Tarta noruega, con la cual ganó el II Premio de Novela Corta "Diputación de Córdoba". Obtuvo el primer accésit en el XIII Premio "Alfonso Sancho Sáez" de Relato con Conversación en el Talgo; quedó en segundo lugar en el XLVII Premio "Ateneo-Ciudad de Valladolid" y ha sido finalista de certámenes como el Premio "Ateneo de Sevilla" de Novela en sus ediciones XXXIII y XXXV, el XXV Premio "Felipe Trigo" de Novela, el XIX Premio de Narrativa en Castellano "Vicente Blasco Ibáñez", el III Premio SUR de Novela Corta y el XXIV Premio "Cáceres" de Novela Corta, entre otros.



Cartas a un aprendiz de brujo

Daniel Padró Moreno

Psicología y filosofía mostrada con rigor y con un lenguaje sencillo, al alcance del lector.

Un chamán, con el sobrenombre actual de psiquiatra, Jauma, inicia a un aprendiz, Goa, en los gajes del oficio. Dada la distancia que los separa, deciden cartearse. El maestro recurre a sus ancestros, tanto a Hipócrates, padre de la medicina corporal, como a Platón y Aristóteles, maestros de la ciencia filosófica y de la curación por la palabra, para mostrarle a Goa los fundamentos de la profesión.

Esta dicotomía entre la pócima y la palabra ha dificultado sobremanera el desarrollo de la profesión. Freud hace el primer intento serio para superarla, con un método acorde al saber de la época, el psicoanálisis. Desarrollos científicos posteriores nos permiten ir más allá del saber psicoanalítico, para lograr acercarse al paciente con un "método sin método", manera creativa de destacar la unicidad de cada paciente.

A su vez, el intercambio epistolar que comienza como una relación maestro-alumno, se termina convirtiendo en una amistad que da pie a interesantes reflexiones acerca del amor y la sexualidad.

Daniel Padró Moreno (Bilbao, 1955) es licenciado en Medicina por la Universidad de Zaragoza. Tras un stage en la Universidad de Columbia (Nueva York) se especializa en Psiquiatría en el Hospital Príncipes de España, de Barcelona. Es Doctor en Medicina por la Universidad del País Vasco, con la tesis "Depresión en una muestra de mujeres de la población general en la comunidad autónoma vasca". Ex director del Máster "Residencia en Salud Mental" por la Universidad de Deusto. Autor de numerosas ponencias y artículos en revistas especializadas nacionales e internacionales, tanto de índole biológica como social y filosófica. Director del Seminario "De la comprensión a la interpretación". Trabaja en la actualidad en el Servicio de Psiquiatría del Hospital Civil de Basurto (Bilbao).



El Señor de Cheshire

Antonio Gómez Rufo

Divertidísima novela que transcurre al comienzo del S.XX, en Inglaterra. Dogson, sobrino de Lewis Carroll, tiene el mismo defecto de su tío: un excesivo amor por las niñas, lo cual le ha llevado a la cárcel. Allí, sin poder recibir visitas, pide por carta a un noble aburrido que le haga un gran favor: que le envíe una muñeca articulada con la forma exacta de una bella mujer para saciar sus instintos y paliar su soledad. El preso vive extasiado las descripciones epistolares del noble, que ha logrado la más bella modelo, pero un carcelero a cambio de un soborno logrará que Dogson reciba las visitas de un atractivo adolescente. Es el comienzo de una trama de enredos en la que se cruzan las pasiones sádicas del preso, la complicidad del muchacho, el fabricante de muñecas, el noble aburrido, su esposa, un médico servicial y la excitante modelo. Se trata de un divertimento literario lleno de erotismo y humor que emparenta con las mejores obras de Tom Sharpe y Woodehouse, y con influencias literarias de Wilde, Henry Miller, Villiers, De Quincey, Lautréamont, y del fetichismo de Luis García Berlanga. Genialidad incomparable en uno de los mejores autores irreverentes del momento. Da gusto leer el derroche de imaginación, el oficio y buenas maneras de este autor que debería prodigarse más por el panorama literario y que plantea con valentía un tema tan difícil e imposible en la época actual. Con *El señor de Cheshire* ganó el Premio de Novela "Ciudad Ducal de Loeches" de 2.005 y refrendó la calidad de ediciones anteriores en un premio ávido de nuevos autores y desesperado por la falta de patrocinios diversos que permitan garantizar su futuro. Igual que con el fútbol o la crónica social.

Antonio Gómez Rufo nació en Madrid, donde reside. Es autor de *El secreto del rey cautivo*, *Adiós a los hombres*, *Los mares del miedo*, *El alma de los peces*, *Bruto: la leyenda del falso traidor*, *El desfile de la victoria*, *Las lágrimas de Henan* y *Si tú supieras*, entre otras novelas. Su obra ha sido traducida al alemán, holandés, francés, ruso, portugués, griego, polaco y búlgaro. Colabora asiduamente en diversos medios de comunicación y ha sido galardonado con varios premios literarios y periodísticos. Es autor de los guiones de la serie de televisión "Blasco Ibáñez, la novela de su vida" y de la película "París, Tombuctú", ambas dirigidas por Luis G. Berlanga. También ha publicado, entre otros, los ensayos *Escenas madrileñas*, *Carta a un amigo sobre don Enrique Tierno Galván* y *El hombre asustado*.

Licenciado en Derecho, fue asesor de la Filmoteca Española, director del Aula de Cultura del Ayuntamiento de Madrid y director del Centro Cultural de la Villa. Con *El secreto del rey cautivo*, ganó el Premio Fernando Lara de Novela, 2005.



Cartas para un incrédulo

Maroussia Alexandrova Atanasova

Llenos de ganas de conocer, deseosos de conquistar el espacio. Nos gustan las estrellas y las figuras enigmáticas que están dibujadas en lo infinito, nos atraen las dimensiones desconocidas del mundo exterior. Pero quizá nosotros mismos no nos conocemos y antes de dirigir nuestra mirada hacia el espacio infinito, es más importante conocer nuestro microcosmos, nuestro mundo interior, también infinito y precioso, las posibilidades de nuestra mente, los enigmas del alma humana. Poseemos un mundo invisible, que a veces está desordenado, desorientado, y aunque esté al alcance de la mano y de la propia vista de cada uno, no lo conocemos. A veces incluso parece que ignoramos intencionadamente su existencia.

Cartas para un incrédulo está dirigida a la gente, que igual que la autora, está buscando respuestas a preguntas difíciles de la vida cotidiana. Este libro nació después de un largo camino de crecimiento y desarrollo personal y su autora espera que el conocimiento que lleva dentro despierte el interés de los lectores de distintos niveles de la sociedad con su mensaje de bondad y humanismo. En forma de cartas a un interlocutor presente pero silencioso, se tratan cuestiones como la vida más allá de la muerte, el maestro que todos buscamos en la vida, los celos, la magia o la llegada de la vejez.

Maroussia Alexandrova Atanasova es búlgara, aunque ha elegido el idioma de su país de adopción, España, para escribir este libro; el primero que publica tras una larga experiencia profesional como docente.



La clepsidra de Neptuno

Miguel Gómez Yebra

Vicente es un joven grafólogo que trabaja para una emisora local de televisión analizando la letra de los participantes en un concurso. Desea llevar una existencia tranquila junto a su novia, Nuria, profesora de matemáticas en un instituto de la ciudad en que residen, pero a raíz de una pintada injuriosa dirigida a ella, escrita por uno de sus alumnos en un servicio, todo empieza a complicarse. Vicente se ve obligado a entrar en relación con la familia del adolescente, impelido por los requerimientos de Nuria, cuyo enérgico carácter se impone a la pusilanimidad del grafólogo. Entonces, Vicente queda sumido en una trama donde cobran protagonismo dos comunidades pitagóricas. Los miembros de una de estas se consideran herederos de un grupo de mudéjares, los áureos, pitagóricos que habían

subsistido secretamente desde el siglo IV o quizá III antes de Cristo (cuando se supone que desaparecieron) hasta el siglo XV, amenazando la tranquilidad anhelada por el joven, y hasta su propia vida, tras hacer un análisis de parte de un misterioso manuscrito en poder del displicente alumno de su novia.

Miguel Gómez Yebra, Licenciado en Matemáticas y en Filosofía y Ciencias de la Educación, reside en Alhaurín de la Torre desde el año 2000. Nació en Sarriá (Lugo), pero desde los once años vive en Andalucía, primero en Málaga y posteriormente en El Puerto de Santa María (Cádiz), donde escribe su novela *Más allá del Ecuador*, finalista (1993) en el Premio UPC de Barcelona. También ha sido finalista en el II Premio de Poesía El Ermitaño (El Puerto de Santa María, 1999), con su libro *Album de otoño*, y en el V Premio de Poesía María Luisa García Sierra (2003), con el poemario *Visiones de crisálida*, que se publica en el año 2006 (Ediciones Daurom). En octubre de 2004 publicó su novela *Las pirámides de Azulia* (Editorial Río



Un viaje hacia el abismo

Francisco Legaz

Los dos protagonistas de *Un viaje hacia el abismo* están solos. Ella, viviendo en una gran ciudad: él, en un pueblo abandonado, que podría ser cualquier pueblo de Castilla o de Aragón. Ambos escapan de la soledad y se encuentran en un tren que les lleva hacia un destino inesperado. En su encuentro con los periodistas el día de su presentación en un céntrico café madrileño Francisco Legaz manifestó que tenía mucha relación con Castilla, sobre todo con Zamora, y reflejó la vida de uno de esos hombres que conoce bien, que viven en un pueblo al que se ha dejado morir. "Quizá piense que su soledad es única, pero es una constante en el mundo actual, y es difícil huir de ella. Todos intentamos escapar, y el tren, el viaje, es una metáfora de esa huida".

Como viene siendo habitual en sus obras se trata de una narrativa intimista, una visión psicológica que profundiza en el alma de sus personajes y en el entorno, que participa como un actor más. En *Un viaje hacia el abismo* encontramos seres humanos que se suicidan inducidos por el comportamiento de los otros, un sacerdote para el que llegar a la gran ciudad supone gozar de la compañía de mujeres de pago; un asesinato, una mujer que decide abandonarlo todo y emprender un viaje de huida y un hombre que desde un lugar completamente distinto, decide hacer lo mismo, en sentido contrario. Leer a Francisco se convierte en el placer de buscarse a uno mismo.



Absurda Fábula: c/ Goya, 119, 4 decha. 28009 Madrid. Tfno: 91 309 31 17 y 607 33 33 93

www.absurdafabula.com

e-mail: alicia@absurdafabula.com



Webs personales desde 300 €

Especialistas en escritores

absurda fábula

¡Ya no tienes excusa!



Unos días en Venecia

tengo delante de mis ojos, muy cerca, una pequeña acuarela. Se trata de una embarcación de unos cuatro o cinco metros, que flota sobre el agua casi verde. A la derecha hay una playa de arena que parece rosa, y el fondo es un cielo azul, limpio e inmenso. No se ve el sol, y nada permite deducir la temperatura, aunque en la pintura parece que es verano. El cuadro es sencillo. No contiene muchos elementos, pero la contemplación de su belleza, me ha hecho recordar cómo vino a parar a mis manos. Fue en un viaje a Venecia. Una ciudad, que con el paso de los años, de los siglos, sigue siendo misteriosa; sigue siendo la misma. Pasear por sus calles, perderse por ellas, contemplar sus viejos palacios y observar cómo el agua lame el umbral de sus puertas, ver cómo las gentes caminan por sus luces y por sus sombras, admiradas de tanto esplendor. Todo eso y mucho más, me recuerda este pequeño cuadro, que enmarqué al volver de aquel viaje a la Serenísima República de Venecia. Allí conocí a Antonio, el pintor. Se ponía todas las mañanas en una calle, con su caballete y sus pinceles, a eso de las once, a pintar hermosos paisajes como el que tengo ahora encima de la mesa. Eran paisajes inventados, sin modelo, porque Antonio se sabía Venecia de memoria. No necesitaba ponerse delante del Lido para dibujarlo. Lo tenía grabado en su retina, y no tenía más que proyectar en el cuadro lo que su imaginación o su memoria veían con claridad. Antonio tuvo el privilegio de nacer en Venecia, algo que pocos mortales se pueden permitir. Le conocí justo al salir del museo Vivaldi, otro Antonio. Estaba allí sentado en su banqueta, pintando pausadamente, cualquier paisaje Veneciano y yo me quedé mirándole. Me acerqué por su espalda, ya que se ponía así para que los turistas como yo, pudieran ver sus obras, y asistí al nacimiento, a los primeros trazos del cuadro que tengo ahora encima de la mesa. Antonio hacía poesta con su pintura. Todos sus cuadros, extendidos a su alrededor por el suelo, tenían una magia especial. Yo no soy capaz de describir esa magia porque no soy especialista en ekfrasis, que es la descripción en poesía o en prosa de un objeto artístico. Pero puedo decir que él pintaba luces y colores que eran palabras. Los ingleses le han dado un nombre a esto: "word painting" y por ejemplo escritores como Carlos Dickens cultivaron la pintura de palabras. Incluso recuerdo un pasaje de *En busca del tiempo perdido* de Proust, en el que Bergotte, un escritor que estaba enfermo, decide ir a ver un cuadro, nada menos que de Vermeer, concretamente uno llamado *La vista de Delf*, para fijarse en un detalle concreto; un fragmento de tela pintado de amarillo. Proust era así, qué le vamos a hacer. Pero yo, aunque lo pueda parecer, hoy no quiero hablar de pintura, sino que escribo para hablar de Antonio.

Como me quedé muy impresionada por sus pinturas callejeras, fui a buscarle al mismo lugar al día siguiente. Caminé por las calles de Venecia, segura de que le iba a encontrar, pero al llegar a la plaza en donde se encuentra el museo Vivaldi, Antonio no estaba. Pregunté en un café cercano, y me dijeron que nunca se ponía en el mismo sitio. Así es que me puse a caminar hasta que, al doblar una esquina cercana, le vi. La escena era la misma. Continuaba pintando mi cuadro que había avanzado poco. Parecía que le estaba dando una segunda capa de color a la pintura. Pintaba en capas, como escriben muchos escritores, que van cubriendo el relato con capas de palabras, haciéndolo cada vez más denso. Volví a acercarme a él, que inmediatamente me reconoció, diciéndome: "Señorita, vuelve usted a ver mi cuadro. Eso es que le ha gustado". Me contó que había nacido en Venecia, pero que por motivos de comodidad vivía en una ciudad cercana. Venía



Francisco Legaz



QUEZZA/JOAQUIN MARIN

Todo eso y mucho más, me recuerda este pequeño cuadro, que enmarqué al volver de aquel viaje a la Serenísima República de Venecia. Allí conocí a Antonio, el pintor.

todos los días en barco a pintar, salvo que hiciera mal tiempo. Me preguntó mi nombre, y me dijo el suyo. Antonio.

Como estábamos cerca del museo Vivaldi, se escuchaban acordes de las Cuatro Estaciones. Antonio a veces se callaba, e intentaba concentrarse en su pintura. Yo me quedaba mirando su técnica, observando cómo mezclaba los colores delicadamente con los pinceles. De repente paraba, me miraba a los ojos, y comenzaba de nuevo a hablarme. Aquella mañana me habló de Freud, del que conocía sus obras con detalle minucioso. Antonio era psicoanalista, pero decidió un día dejar su consulta, para dedicarse a pintar cuadros en Venecia, y vivir de los turistas que, como yo, le compraban cada día sus pequeñas obras. En el capítulo primero de *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud cuenta que un día se sorprendió porque no podía recordar el nombre del artista que pintó los frescos del Juicio Final, en la catedral de Orvieto. Creía que era Botticelli, aunque sabía que no era él. Un día por fin lo recordó. El nombre correcto era Signorelli. El motivo del olvido, según él, era la puesta en marcha del mecanismo de defensa capaz de censurar una palabra que, por algún motivo, ha quedado asociada a algún

acontecimiento traumático, como era el caso de la palabra "señor".

al atardecer del tercer día, cogimos un barco para salir de Venecia, que nos llevó a casa de Antonio. Como no habíamos comido, preparó una ensalada con pasta y descorchó una botella de vino. Más tarde hicimos el amor. Después me enseñó sus cuadros, de los que la casa estaba llena. Todos tenían atrapada la luz de Venecia.

Napoleón Bonaparte, pasó una temporada en Venecia, después de invadirla en el año 1.797, y cada noche copulaba con una veneciana, porque decía que aquellas mujeres tenían los mejores orgasmos de Europa. Una de ellas, María Signorelli, consiguió echar raíces en el corazón del general, que estuvo a punto de abandonar a su mujer, y llevarse a María a París, pero tuvo que repartir Venecia entre Francia y Austria, y María no se lo perdonó. Napoleón se despidió de ella dando una lujosa fiesta. Una historia en tres partes, como las obras de Vivaldi. La primera un allegro, la segunda parte largo y pianísimo y la tercera de nuevo un allegro. El conjunto casi siempre resulta triste, y aunque la música comience fuerte, tiende a terminar piano, como la vida misma.

al día siguiente, no encontré a Antonio. No le volví a ver nunca más. Mi pintor veneciano se había esfumado entre todos aquellos canales. Recorrí las calles todos los días que quedaban de mi estancia en Venecia, pero Antonio no apareció. El último día fui a su casa a llamar a su puerta. Al escuchar el timbre, un vecino salió al rellano y pronunció con dificultad mi nombre, preguntándome si era yo misma. Me entregó entonces un pequeño paquete de papel de estraza, que contenía el cuadro que Antonio estaba pintando la mañana que le conocí. El vecino me dijo que Antonio, en cuanto conseguía el suficiente dinero, se marchaba largas temporadas a vivir a Roma, en donde al parecer tenía familia.

el cuadro que me regaló, fue el único recuerdo que pude salvar. Ahora han pasado los años, y de vez en cuando me pongo a mirarlo conscientemente, para que aquellos recuerdos tan dulces, me vengan a la memoria, invadiéndome cualquier tarde que ya daba por perdida. Y es que recordar siempre es un placer.

<http://franciscolegaz.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- *El horizonte está en la escalera*
- *Un viaje hacia el abismo*

Jesús va en Rolls-Royce a la iglesia del Reverendo Dollar

En un movimiento político algo inusual, el senador republicano por Iowa, Charles Grassley, ha iniciado una investigación sobre posibles malas prácticas económicas de los mayores tele-evangelistas de Estados Unidos. De ahí se ha derivado al cuestionamiento sobre una práctica común en la mayoría de los países del continente: las iglesias están eximidas de pagar impuestos, mientras sus líderes, pastores y empresarios se vuelven cada día más ricos. Esta práctica de privilegio para las iglesias se ampara, en Estados Unidos y en América Latina, bajo el aceptado principio de libertad de religión. No está claro, sin embargo, por qué el pago de impuestos por parte de una iglesia podría significar un ataque a la libertad de culto. La prescripción de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios no corre en estos casos.

En una reciente entrevista en vivo por CNN (7 de noviembre), Kyra Phillips y Don Lemon cuestionaron a nuestro vecino de College Park de Georgia, el multimillonario reverendo Creflo Dollar, por poseer dos Rolls-Royces, jets privados, casas y apartamentos de varios millones de dólares cada uno además de una iglesia multimillonaria enriquecida por las donaciones de ricos y pobres, muchos de ellos con serias dificultades económicas.

Estos ministerios califican como iglesias y no están obligados a llenar declaraciones de impuestos como si deben hacerlo otras "non-profit organizations" (organizaciones sin fines de lucro). La tradición de justificar las riquezas materiales mientras se predica el desprendimiento de lo mundano para la salvación del alma es muy antigua. La Iglesia católica —con excepciones, como los teólogos de la liberación y otros "curas de barrio"— ha sido, desde hace mucho tiempo, especialista en la materia. En el caso de las megaiglesias protestantes, además de una práctica empresarial, la tradición está apoyada por la ética calvinista: la riqueza no es un obstáculo para entrar al Paraíso sino una prueba de las preferencias de Dios que ha resuelto castigar a los pobres por su pobreza. Este aspecto teológico es muy semejante al karma hindú y sus resultados sociales también: la moral de la casta alta es consumida, principalmente, por las castas más bajas. En todo caso, los pobres sirven para que los ricos ejerzan su compasión.

Uno de los periodistas de Atlanta le recordó al reverendo Dollar la recomendación que hiciera Jesús al joven rico que fue a pedirle consejo, de desprenderse de sus bienes materiales para entrar al Reino de los cielos. Recomendación que terminó con la tristeza del hombre rico y la observación del Maestro sobre la dificultad que podía tener para entrar al Cielo, como la de un camello que quisiera pasar por el ojo de una



Jorge Majfud

aguja. No obstante, el reverendo Dollar razonó que si eso fuese exactamente así, ningún rico podría entrar al Paraíso. De este razonamiento se deduce que el Mesías debía estar bromeando o tal vez exageraba un poco. Está bien que el Hijo de Dios haya bajado a la tierra con un montón de utopías subversivas, pero tampoco era para tanto. Con la realidad no se puede.

Citando artículo y versículo correspondiente, el reverendo recordó que, en realidad, Jesús había dicho que por cada cosa que uno se desprenda iba a recibir un premio multiplicado varias veces. Algunos pensamos que Jesús se refería a un premio moral o al Reino de los Cielos; no al Reino del Dinero. Pero siempre es tiempo de aprender. Por esta nueva razón teológica, la riqueza de un hombre con fe significa que ha sido premiado por el Cielo por su hábito de desprenderse generosamente de una parte de sus posesiones. No otra es la lógica de la Bolsa de valores: quien invierte, se desprende de algo para multiplicarlo. Ningún empresario razonable espera invertir un dólar en Wall

Street, en Amsterdam o en Shanghai y recibir un beso o el ascenso espiritual del que hablaba el Buda. Se espera recibir más de lo mismo.

En el siglo XVI invertir en indulgencias significaba que por unos cuantos florines de oro un violador podía obtener el perdón del Vaticano y, consecuentemente, el perdón de Dios. Más antiguo, y todavía en curso, es el lavado de la conciencia con el buen uso de la limosna. La institución de la limosna es fundamental, porque el desprendimiento debe ser voluntario y sin comprometer las ganancias. Como dicen muchos conservadores religiosos por televisión, con su eterna ansiedad proselitista, sólo así, por un acto de voluntad, se prueba la bondad del donante. Si la bondad pasa por el Estado, mediante el compulsivo cobro de impuestos a los ricos, Dios no puede distinguir los buenos de los malos. Tampoco puede Dios recibir en el Paraíso a toda la Humanidad. El Paraíso es un resort VIP con acceso limitado, no un derecho democrático. Algunas iglesias, incluso, han definido el número exacto de miembros posibles.

Como si en el día de la creación de la Humanidad, Dios se hubiese divertido imaginando un Infierno eterno donde arderían sus pequeñas creaciones, para regocijo de sus pocos preferidos que contemplarían desde las alturas semejante espectáculo de tortura colectiva o, peor, dando vuelta la cara al horrible destino de sus hermanos. No vamos a decir que necesitamos un Dios más humanista, porque no vamos a decirle a Dios lo que tiene que hacer. Pero no haría mal una lectura más humanista de las Sagradas Escrituras para dejar de atribuirle a Dios conductas tan sectarias, elitistas y materialistas.



Por esta nueva razón teológica, la riqueza de un hombre con fe significa que ha sido premiado por el Cielo por su hábito de desprenderse generosamente de una parte de sus posesiones.

hacer derroches con el dinero del pueblo". Sin embargo, así como Estados Unidos había sido fundado por revolucionarios que se oponían a la tradición monárquica y religiosa de Europa y ahora se identifica con los valores opuestos del conservadurismo ortodoxo, así también el original espíritu "republicano" que fue sinónimo de austeridad y democracia hoy representa la ostentación y el elitismo. Así también el cristianismo primitivo fue todo lo contrario al hoy triunfante cristianismo del emperador (San) Constantino.

Casi al final de la entrevista, el periodista le preguntó si pensaba que Jesús hubiese andado en un Rolls Royce, a lo que el reverendo Dollar contestó, con calma, algo así como: "Pienso que sí. ¿Por qué no? El Señor anduvo en un burro en el que ningún otro hombre antes había andado".

Dejo al lector que descubra la lógica de este reverendo razonamiento teológico.



Amores de barrio

i Recuerdas cuando, desde el alféizar de tu ventana, me veías pasar? Tu mirada, aparentemente ausente, escondía el amor de una niña hacia un niño, que era yo. Muchos años tardé en comprender que, tras aquel hieratismo de diosa-niña que perturbaba mi espíritu y me obligaba a compartir sueños con dragones y mazmorras, se ocultaba un sutil subterfugio, un arma de seducción tan natural como eficaz y contundente. Aquel instrumento intangible y sibilino, ahora lo sé, tenía como única función apresar la parte más recóndita de mi alma y esclavizarla bajo la panacea de un rostro, unos ojos, una quimera, la necesidad de dar la vida por un ideal, que algunos, los más osados —tal vez ilusos—, denominan Amor. Diez años tenía... Tal vez menos. Yo iba montado en mi vieja bicicleta de color rojo, mi color favorito en aquellos primeros años de existencia, oteando de soslayo tu puerta, sin atreverme a alzar la vista, no fuera el demonio a permitir que adivinaras lo que mi cara era incapaz de ocultar. Me delataba el rubor de las mejillas, la piel de gallina cuando mis pupilas, de forma inopinada, se topaban con las tuyas; un casi imperceptible tartamudeo verificando los latidos de un corazón joven funcionando a todo tren. Me delataba el temblor de mi cuerpo cada vez que a mí te aproximabas y asíás mi mano como lo hacen los ciegos, mirando con los ojos de la ilusión y la esperanza.

en todo aquello no había deseo propiamente dicho (¿o sí lo había?), ni intereses materiales o espurios, sólo la imperiosa necesidad de rozar mi boca contra tu mejilla y soñar, noche tras noche, con un beso, más que casto, puro, viendo colmadas todas mis expectativas de niño, y vuelta a empezar. Después vinieron las poesías escritas con la premura y el lícito nerviosismo del primerizo, y las rosas robadas en el huerto de Torcuato Barrachina, ese viejo solterón y cascarrabias, que no sabía nada del amor ni del cariño verdadero entre un crío y una cría. Y qué decir de su perro sabueso, igual de desdentado, iracundo y senil que su amo. La de veces que escapé por los pelos de las fauces de aquel dragón con fisionomía de can; la de veces que tuve que expulsar de mis frágiles manos las espinas de las rosas que te lanzaba al balcón, para que tú las recogieras, y, después de olerlas, me obsequiaras con una sonrisa que no decía nada y lo decía todo, para después enclaustrarte en tu alcoba dejándome sólo con mis dudas eternas y mi destartalada bicicleta; rosas espinosas cuyos rasguños, al fin y al cabo, me sabían a gloria, pues, en el fondo, no dejaban de ser las primeras heridas de guerra de un chaval que jugaba a ser mayor.

ya ves, caminando a toda máquina hacia la adolescencia y jugándome el tipo con tal de conseguir una rosa roja, para la flor más hermosa del barrio, mi amor platónico, el sueño prohibido, la fantasía de un niño que despierta a la vida. Así de ñoño era, y el caso es que no me importaba serlo, aunque tal vez tú jamás llegaras a barruntar ninguno de mis sentimientos. ¿O sí? Cuántas horas robadas al sueño, despreciando la noche y anhelando que llegase el día para volverte a ver sentada en aquellos pupitres desvencijados, con tu mandilón blanco a rayas rosas, bien distinto de los nuestros, de rayas azules para deslindar lo masculino de lo femenino, para poner coto a la carne, siempre pecaminosa y dispuesta a



José Antonio Rey



Sólo éramos unos niños encadenados a los prejuicios de un Régimen obsoleto, cuyos pilares descansaban en la argamasa del pecado, la opresión y el miedo

caer en las lujuriosas llamas del infierno. Sólo éramos unos niños encadenados a los prejuicios de un Régimen obsoleto, cuyos pilares descansaban en la argamasa del pecado, la opresión y el miedo.

recuerdo como si fuera hoy mismo la carta que me dedicaste un día antes de partir a tierras lejanas, porque mis padres se habían empeñado en hacerse ricos allende los mares, y que con sumo recato y sigilo me proporcionó "la rubia", tu mejor amiga, en la que, ¡por fin, esta vez sí!, me abrias tu pecho y me decías que me querías. Y para que no hubiera lugar a dudas, sellaste nuestra alianza secreta estampando con el carmín de tus labios rojos, a modo de dagueeritipo, una huella indeleble en aquel papel sepia que olía a tu colonia de coco, ya

para siempre mi colonia preferida. Todavía conservo la misiva.

el tiempo ha pasado y, casi sin darnos cuenta, nos hemos hecho mayores. Cada uno tiene sus propias parejas, sus propios hijos, sus propios planes de pensiones: sus propios nietos. Por el camino se nos han caído las esperanzas, la paciencia y unos cuantos dientes. Nos hemos hecho viejos. Nada hay que nos una, excepto el recuerdo más bien turbio de un amor por el que suspiré toda mi juventud, seguramente porque nunca llegó a fraguar. Ya se sabe, sólo se desea lo que en realidad no se tiene.

el otro día volví a contemplar tu semblante sereno en el parque, mientras hacías carantoñas a un crío casi de teta, a buen seguro el hijo de tu hijo. Abstraída en la contemplación de aquella nueva vida, prolongación, en cierto modo, de la tuya propia, no te percastaste de mi presencia. Aparentemente ya nada quedaba de aquella niña que me hizo soñar y suspirar como ninguna otra mujer lo volvería a hacer a lo largo de mi estéril existencia. Sin embargo, aunque en tu rostro asomaban las primeras arrugas de la senectud y las canas comenzaban a poblar un pelo, que, en otro tiempo, fue negro como el azabache, quise adivinar la frescura de la niña que algún día me devolvió el regalo de una rosa roja, con un glorioso beso en la mejilla. En tus ojos acuosos y apagados, no pude por menos que vislumbrar todavía el amor inocente y efímero de una niña de barrio que me proporcionó el primer gran regalo de este milagro, que es la vida: el regalo de la fantasía. Por eso, sólo por eso, amiga mía, te estaré eternamente agradecido.

<http://jose-antonio-rey.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Un instituto con vistas

La enciclopedia del género humano

No es infrecuente que elementos ficticios urdidos en una obra literaria irrumpen en la realidad. A veces, una idea que sólo sirvió para soporte o simple adorno de un argumento acaba por espolear a sus lectores para convertirla en una iniciativa viable. Me pregunto qué impulsa a semejante proceder. ¿El señuelo de lo imaginado? ¿El atractivo de la ilusión? Ejemplos de tamañas intromisiones de la fantasía en el mundo auténtico se cuentan por centenares. Sin ir más lejos, en los parajes de España disponemos de un escritor propicio a provocar este fenómeno. Sus asombrosas concepciones son tomadas a menudo como propuestas y llevadas a cabo. Me refiero a Luis Landero. Su primera novela, *Juegos de la edad tardía*, promovió nada menos que una asociación literaria. Allí, el protagonista, prototipo de administrativo gris que se confunde con el decorado de la rutina diaria, asume una segunda personalidad, la de Faroni. Pero sólo representa esta impostura, aunque una impostura genial, ante uno de los personajes con quien no mantiene más trato que el de las conversaciones telefónicas. Hasta tal punto seduce a su interlocutor la figura de Faroni, un bohemio, un poeta idolatrado entre sus fanáticos seguidores, un artista inigualable, que aquél termina creando el Círculo Cultural Faroni. Y como esta fascinación por Faroni trasciende del libro a los propios lectores, el Círculo Cultural Faroni es, desde hace tiempo, una realidad inscrita en el registro de asociaciones, un organismo con página web propia que convoca premios y edita a los galardonados.

Ha sido recientemente, a partir de otra de las narraciones de Landero, cuando de nuevo sus brillantes invenciones ponen en marcha proyectos ambiciosos. En *El guitarrista*, un profesor habla a sus alumnos sobre cómo llevar la democracia más allá de la muerte, de que todos deberían tener su oportunidad después de muertos, de la fabulosa posibilidad de una Enciclopedia Universal en el sentido absoluto del término, una Enciclopedia del Género Humano donde viniesen no sólo los notables, sino todos y cada uno de los que pasan por el mundo, todas esas vidas anónimas y estériles pero aun así merecedoras de conservar un mínimo destello, de perdurar en unas pocas líneas, en una foto, en la palpitación de un signo capaz de ser encomendado a la infinita memoria de la especie. En la época en que el libro salió a la venta, algunos profesores de la Universidad de Málaga, unos del Departamento de Álgebra, Geometría y Topología, otros del de Lenguajes y Ciencias de la Computación, comenzamos a colaborar en algunas líneas de investigación comunes. Recuerdo que en un descanso entre los primeros seminarios alguien comentó que estaba disfrutando con la lectura de *El guitarrista*. No era el único. Entonces salió a relucir la Enciclopedia. Dimos por supuesto su total inviabilidad si se usaban los soportes tradicionales. A saber si el planeta se quedaba sin bosques a fin de fabricar el papel necesario para editar un ejemplar de obra tan ingente. Pero la tecnología del siglo XXI permite otras opciones. Con el portátil, consultamos en Internet algunas estadísticas sobre demografía. Nos dirigimos a la pizarra. Garabateamos unas cuantas multiplicaciones. En efecto, un servidor de almacenamiento masivo de datos sería suficiente para emplear una media de 512 Bytes (alrededor de media cuartilla de texto) en cada uno de los fallecidos en Andalucía antes del año 2000. En definitiva, se trataba de concebir una especie de Wikipedia donde los próceres ilustres dejaran paso a los Juan Nadie, a los fulanos sin estatua de bronce, a los zutanos sin pena ni gloria.

Dicho y hecho. En pocos días elaboramos un proyecto que presentar a la Junta de Andalucía. A los cuatro o cinco meses, la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa nos dio el visto bueno, aunque recortando un 20% el presupuesto previsto. A pesar de ello, la subvención permitía



Alberto Castellón

adquirir el hardware imprescindible así como contratar a un par de becarios a dedicación completa. El propio Luis Landero, con quien hablamos en persona cuando vino a la Facultad de Filosofía y Letras invitado por el Departamento de Filología Española y Teoría de la Literatura, se mostró entusiasmado con la idea. La empresa se puso en marcha a comienzos del 2006. No entraré aquí en detalles técnicos sobre algoritmos distribuidos, redes neuronales o programación concurrente. Baste saber que nuestro método de adquisición de datos es bastante fiable y está muy automatizado. Salvo la redacción e implementación del software, pocas son las tareas que requieren la intervención directa de los supervisores del sistema. A través del formulario de una de nuestras páginas web, los amigos o familiares de los destinados a figurar en la Enciclopedia rellenan un conjunto mínimo de campos obligatorios. En otros apartados completan aquellos detalles de la biografía del difunto que desean resaltar. Por último, han de marcar la casilla de verificación que nos autoriza a contrastar la información con la que poseen



Yo también
tendré un hueco en la J:
de Juan Nadie

otros organismos. Gracias al Servicio Jurídico de la Universidad conseguimos el respaldo legal necesario para no infringir la Ley de Protección de Datos de Carácter Personal. En esta fase, es curioso resaltar que los obispos, las peñas o las cofradías pusiesen menos trabas que los centros oficiales, los registros civiles o las agencias tributarias...

Tras un filtro bastante riguroso, se añade una entrada más a esa Enciclopedia Universal (por ahora sólo con texto escrito, sin fotografías, y con referencias de los fallecidos en Andalucía) que cuenta hasta el momento de escribir este artículo con 1.066.490 semblanzas breves de personas normales y corrientes. He aquí una muestra de 7 de ellas realizada mediante un algoritmo aleatorio:

Medina Ramírez, Juan Antonio (Torredonjimeno, 1929-Jaén, 1986) Su infancia transcurrió en el monte ejerciendo labores de pastoreo. De ahí dos de sus características: no hablaba jamás de la guerra civil, que apenas si la vivió, y averiguaba la hora, bien por la altura del Sol, bien por la posición de las estrellas, con una exactitud de 5 minutos. Intentó enseñarle a sus nietos esta habilidad sin conseguirlo. A los 29 años se mudó a la capital de la provincia donde trabajó hasta su jubilación como vigilante nocturno de las cocheras municipales.

Rivero Escalera, Vanesa María (Córdoba, 1980-Córdoba 1980) Nació con una insuficiencia coronaria congénita. A pesar de los cuidados intensivos con que la atendieron en el Hospital Reina Sofía, falleció a los 2 meses y 3 días de edad. Tenía la nariz y los labios de su madre, y se agarraba al biberón con unas ansias que apuntaban a la glotonería de su padre. Reía mucho. Contagiaba su sonrisa a cualquiera que la mirase, enfermeras, médicos, visitas...

Cobos Burton, Juan (Marbella, 1980-Sevilla, 1999) En la escuela se hizo muy popular entre sus compañeros por poder eructar 500 veces consecutivamente sin beber agua. Tras aprobar la selectividad, se trasladó a Sevilla para estudiar Ciencias Físicas, pues estaba ilusionado por ser astrónomo. Murió arrollado por un todoterreno cuando conducía su ciclomotor en la madrugada de un viernes.

Kaupff, Otmar (Munich, 1920-Torrox, 2000) Se instaló en la costa de Málaga en una fecha indeterminada de la década de los cuarenta. No llegó a hablar el castellano con corrección pues se integró en una colonia de alemanes. Trabajó como camarero de un bar y, más adelante, como recepcionista de hotel. Nadaba bastante bien. Nunca relató el menor episodio de su juventud. Ni siquiera a sus descendientes.

Serrano Montesinos, Eulalia (Málaga, 1909-Málaga, 1998) Cursó estudios de piano en el Conservatorio Eduardo Ocón, ganando el Premio Barranco para alumnos. Aunque no llegó a ejercer como concertista, no dejó de tocar el

Se trataba de concebir una especie de Wikipedia donde los próceres ilustres dejaran paso a los Juan Nadie, a los fulanos sin estatua de bronce, a los zutanos sin pena ni gloria

instrumento más que cuando, ya viuda, tuvo que abandonar su casa aquejada de una enfermedad coronaria. Supo transmitir la pasión por la música a sus hijos, sobrinos y nietos, algunos de los cuales se dedicaron profesionalmente a ello. Hasta su muerte, con casi 90 años, mantuvo una mente lúcida y un criterio firme y persuasivo sobre cualquier aspecto de la actualidad, hecho por el que la admiraban sus vecinos, parientes y amigos.

Medina Ramírez, María del Rosario (Huelva, 1926-Huelva, 1996) Abandonó la escuela muy pronto para ayudar en casa, por lo que apenas si sabía leer y escribir. Se casó con 17 años y tuvo 4 hijas y dos hijos. Cocinaba el choco en salsa como nadie en su barrio. Solía comentar, como el episodio más insólito de su existencia, que en cierta ocasión charlaba con unos vecinos cuando le propusieron ir a tomar café a Mérida, donde se plantaron en el coche de uno de ellos tras varias horas de carretera. Desde entonces solía referir con asombro esa circunstancia: hay que ver las vueltas que da la vida, exclamaba, ahora aquí, en Huelva, y dentro de un rato, en Mérida...

Sánchez Sánchez, Antonio (Campillos, 1956-Campillos, 1996) Al contrario que el resto de los mozos de la villa, estaba deseoso por ir a la mili para convertirse en Técnico Especialista de la Armada. Sin embargo, el sorteo lo destinó al Ejército de Tierra, lo que frustró sus ilusiones de vivir junto al mar. Aún se recuerda la borrachera que cogió la víspera de su incorporación a filas, cuando se encaramó a la torre de la iglesia y despertó a toda la localidad a golpe de campana. Al menos aprendió a conducir camiones en el servicio militar, lo que le proporcionó una forma de ganarse la vida. Un cáncer fulminante de hígado lo llevó a la tumba en menos de 3 semanas.

Lo dicho, de la ficción de una novela a la realidad ya palpable de la Enciclopedia del Género Humano.

<http://albertocastellon.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- Victoria y el fumador
- Tarta noruega



El dramaturgo Juan Mayorga, Premio Nacional de Teatro

el dramaturgo Juan Mayorga ha sido galardonado con el Premio Nacional de Teatro 2007, que concede el Ministerio de Cultura y que está dotado con 30.000 euros. El jurado estuvo presidido por Juan Carlos Maset, director General del Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) y compuesto por Fernando Cerón, subdirector general de Teatro, Amelia Otxandiano, Begoña Barrena, Concepción Busto Nieto, Gerardo Vera, Ignacio García, y José María Pou (Premio 2006).

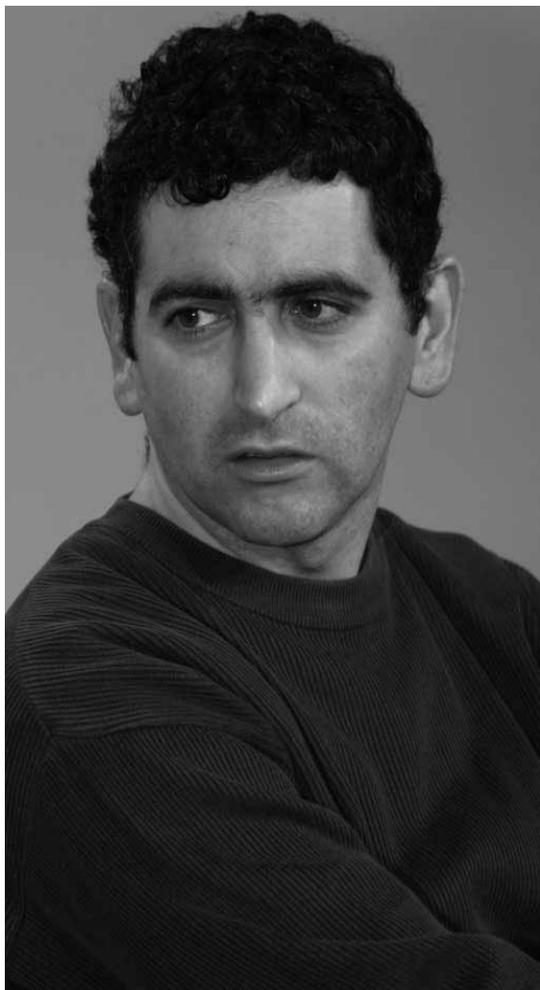
En los años anteriores, el Premio Nacional de Teatro había recaído en la compañía Animalario, en el autor José Sanchis Sinisterra y en el crítico José Monleón.

Juan Mayorga (Madrid, 1965) es uno de los dramaturgos más considerados de su generación. Mayorga se licenció en 1988 en Filosofía y en Matemáticas. Amplió estudios en Múnster, Berlín y París. En 1997 se doctoró en Filosofía. Es profesor de Dramaturgia y de Filosofía en la RESAD de Madrid. Es miembro fundador de "El Astillero".

Es autor de textos teatrales como "Siete hombres buenos", "Más ceniza", "El sueño de Ginebra", "El jardín quemado", "Cartas de amor a Stalin", "El Gordo y el Flaco", "Animales nocturnos", "Palabra de perro", "Últimas palabras de Copito de Nieve", "Primera noticia de la catástrofe", "El chico de la última fila" y "Fedra". Es también autor de diversos textos teatrales breves como "El hombre de oro", "Una carta de Sarajevo", "Método Le Brun para la felicidad", y "La mujer de los ojos tristes". Ha escrito versiones de obras de Calderón de la Barca, Lope de Vega, Friedrich Dürrenmatt, Feodor Dostoievski, Ramón María del Valle-Inclán y Henrik Ibsen.

Su obra ha sido estrenada en Argentina, Costa Rica, Chile, Croacia, España, Estados Unidos, Francia, Irlanda, Italia, Noruega, Portugal, Reino Unido y Ucrania.

Este premio llega en el mejor momento como autor de Mayorga quien espera que este premio "no me haga más conservador, no quiero dejar de tomar riesgos. Los premios se dan más que para reconocer una labor, como exigencia para lo que vas a hacer. Te obliga a estar a la altura de la confianza que han depositado



Los premios se dan más que para reconocer una labor, como exigencia para lo que vas a hacer. Te obliga a estar a la altura de la confianza que han depositado en ti.

en ti. Hasta ahora he tenido mucha suerte con gente muy diversa que ha confiado en mí. Ahora hay tres producciones de "Cartas de amor a Stalin" en España y hay otra en Buenos Aires. Carlos Marchena lleva a escena en la sala Triángulo "El gordo y el flaco"; "La tortuga de Darwin" estará pronto en La Abadía, dirigida por Ernesto Caballero; y en abril José

Luis Gómez hará en el María Guerrero "La paz perpetua". "Camino del cielo" está en París y en el Teatro Nacional de Noruega. "Últimas palabras de Copito de Nieve" está en Francia. La verdad es que se ha juntado todo y al darme el premio lo primero que he hecho es pensar en los directores y actores que han defendido mis obras y lo han hecho posible."



Los persas. Réquiem por un soldado, de Calixto Bieito

desde el 15 de noviembre se puede ver en Madrid una de las obras más rompedoras de la cartelera actual, Los persas. Réquiem por un soldado, de Calixto Bieito y Pau Miró, basándose en el texto Los Persas de Esquilo. La obra estará hasta el 13 de enero en el Teatro Bellas Artes de Madrid, para posteriormente, desde el 14 de marzo hasta el 13 de Abril representarse en el Teatro Romea de Barcelona. Esta obra se estrenó en el Festival de Teatro Clásico de Mérida. Es la tragedia conservada más antigua sobre el tema más actual: la guerra. Calixto Bieito se basa en la derrota de los persas contra los griegos en la batalla de Salamina para acercarnos a la guerra más humana, la de los soldados muertos con nombres

y apellidos, en el contexto de la sociedad española actual. Según el dramaturgo, "hemos traducido y reescrito Los Persas para la sociedad española del 2007. No en vano también nuestros soldados están en los campos de batalla de la actualidad. Irak hace tres años y Afganistán, la antigua Yugoslavia, Líbano... Allí donde nuestros aliados consideran la necesidad de una guerra justa. No se preocupen, esta versión de Los Persas de Esquilo no es un alegato pacifista, ni tan siquiera un canto a la concordia de los países o a la alianza de las civilizaciones, es simplemente un canto, un réquiem o un lamento por una guerra perdida, por un soldado español muerto en Irak o en Afganistán, o en Kosovo o..."

CELAMA, de Luis Mateo Díez, llega a París



CELAMA, la historia que encarna el mundo mítico de una tierra es todas las tierras, es considerada por muchos una de las cumbres de Luis Mateo Díez, autor que ha publicado en Ediciones Irreverentes.

En el año 2004, de la mano de Fernando Urdiales, la obra tomó forma escénica y cobró vida de la mano de Teatro del Corsario y Cantárida. Fue un montaje aplaudido por la crítica y el público, como lo prueban los premios conseguidos a lo largo de estos tres años. Los días 4 y 5 de diciembre se representa en París. Será con motivo del Festival Don Quijote.

Celama es el universo mítico que el irreverente Luis Mateo Díez construyó en la trilogía formada por las novelas El espíritu del páramo, La ruina del cielo y La oscuridad. Es Macondo, es Yoknapatawpha, pero es también el mundo rural nuestro que se resiste a morir en sus últimos estertores, un mundo poblado de seres extraños y deformes que tan bien entendemos desde Goya y Valle-Inclán. Pero Celama es ante todo una indagación en los seres que la habitan, una prospección al fondo del corazón humano que resultará familiar, y que no puede pasar desapercibida.

La colección Novísima Biblioteca se consolida en el 2007

Algunas de las propuestas más inquietantes de la nueva narrativa han ido llegando al público desde una de las colecciones más audaces del momento, Novísima Biblioteca. En la selección que presentamos hay lirismo, saltos mortales, aires clásicos o miradas desencantadas en relatos exquisitamente cuidados, a la busca de lectores exigentes. Tomen buena nota de estos nombres.

Un instituto con vistas, de José Antonio Rey

Un instituto con vistas es la novela que estaban esperando los amantes de las obras satíricas de Tom Sharpe, de sus institutos llenos de alumnos salvajes e ineducables y de profesores resignados a la desgracia. Aquí no hay caballeros a la inglesa, ni alumnos retrasados dispuestos a salvar a viejas damas, sino salvajismo a la española, profesores que calculan a qué velocidad vuelan los ángeles, historias escatológicas, quinceañeras que confunden la libertad con el libertinaje y lo pagan con hermosas barrigas, profesores cuyo sentido común retrocede con los años y que nunca fueron capaces de pasar de la portada del ABC, otros que —claro— lucharon contra el franquismo, alumnos integristas, codiciosos, envidiosos, insidiosos, depravados, inmorales, profesoras vírgenes y sabios indecentes. Un retablo de la España que ve nacer el siglo entre bostezos.

Estamos ante una extensa e hilarante sátira del sistema educativo español e occidental, destinado a producir obreros sin cualificar, fracasados, y ante el que sólo queda la risa como terapia.

El último invierno y otros relatos, de Isabel María Abellán

Aventuras adolescentes, recuerdos de la infancia y de todo cuanto desaparece con el paso de los años, la soledad, son los ingredientes con los que Isabel María Abellán crea "El último invierno y otros relatos", una colección de cuentos en los que se aprecia el contacto diario de su autora con adolescentes que la aportan tanto ideas como energía. Bernardo Artxaga, lo definió así en una carta a la autora: "Tu texto es precioso. Como un vaivén en prosa, y con un toque pop que me encanta." Lectura ágil y dinámica que sumerge en un mundo tan femenino como mediterráneo. Esta es su segunda obra; antes había publicado "La línea del horizonte", la historia de un campo de concentración en la postguerra, en Albaterra, sobre el que Rosa Regás, actual directora de la Biblioteca Nacional, escribió a la autora: "Te felicito de todo corazón por rescatar del olvido este trozo de memoria histórica. Es una suerte que jóvenes que no vivieron aquellos años nos transmitan las vivencias y las impresiones que les transmitieron sus mayores. Una novela como



la tuya aporta un punto de conocimiento poético absolutamente necesario. Enhorabuena". Isabel Abellán destacó al presentar "El último invierno" la voz femenina que predomina en su obra: "mis cuentos están llenos de mujeres y todas son distintas. Puede parecer extraño pero hasta ver publicado mi libro yo no había sido consciente de ese detalle. Lo pienso ahora y caigo en la cuenta que otras escritoras como Rosa Regás, Isabel Allende, o Angeles Mastretta, entre otras, también pueblan sus libros de mujeres. Yo me inicié en la lectura con los

libros que había en la biblioteca de mi padre y en la de mi abuelo, y todos los autores eran hombres. Sus protagonistas también lo eran. Como también sus voces narrativas. Cuando yo era una niña prácticamente toda la literatura que caía en mis manos era masculina. Incluso hoy, si repaso los libros que llevo entre manos, salvo raras excepciones, los autores que leo siguen siendo hombres. Y eso que cada vez somos más las mujeres que también escribimos. Creo que es importante que las mujeres demos a conocer nuestra propia voz narrativa". Sobre el origen del

libro afirmó: "Visité un cementerio en el noroeste de Francia, en la zona de las batallas más duras de la segunda guerra mundial, y quedé sorprendida al ver que los franceses habían enterrado a los soldados alemanes con el mismo cariño y esmero que a los franceses, que el cementerio se sigue cuidando igual, y eso me inspiró a la hora de crear el relato que da nombre al libro".

La Xpina, de Guillermo Sastre

Guillermo Sastre nació en tierras de Castilla y León (España), al sur del Duero un 14 de

julio. Desde principios de los sesenta reside en Madrid. Durante muchos años fue Agente de diversos artistas. Perteneció a la Fédération Internationale des Organisations de Festivals por los 70 y 80. Participó como Jurado Internacional en infinidad de Festivales de Música por medio Mundo representando a España con artistas de reconocido prestigio: Juan A. Muriel, Joaquín Lera, Diego Rafael "el Nene", Francisco José, entre otros. Y cosechó éxitos en Festivales Internacionales: Festival Of Maltese Song (La Valeta-Malta); Lyra Festival Bratislava (Chequia). Festival de la Voz y Canción de Puerto Rico junto a Joaquín Lera "premio a la mejor canción extranjera"; canción: "Momento final"; Golden Orpheus Festival (Burgas- Bulgaria); Festival Des Pays Méditerranéens de La Chanson (Alexandria-Egipto) colaborando con uno de los mejores cantautores españoles: Juan A. Muriel.

Colaboró con el compositor Augusto Algueró, en la producción discográfica para diversos artistas. Ha participado en especiales de televisión en diversos países. Hace tiempo que escribe y colabora con su colega y compañero de fatigas, penas y alegrías, su mejor amigo, Joaquín Lera. Aparte de crear juntos canciones como: "Por Preciados y el Retiro", "No + Tequila" y otras tantas. Escribe cuando puede, quiere, cuando lo dejan a su aire y su corazón lo necesita para dar luz y rienda suelta las emociones de su alma.

La Xpina, es un diario de aforismos contemporáneos muy actuales que mezcla la prosa con relatos íntimos del autor, enriquecido de diversos géneros para todo los rincones del corazón. Entre el intimismo y la vida desenfadada de la gran ciudad, *La Xpina* es un retrato acelerado del mundo contemporáneo.

La nueva escena se da cita en Ediciones Irreverentes

Bienvenidos a la Colección de Teatro

Catalina del demonio, de Francisco Nieva

Catalina del demonio es una obra transgresora, en la que Nieva juega con el sainete y la comedia de costumbres; aparece el típico estudiantón veterano, la frescura y la gracia canalla de los jóvenes estudiantes, la presencia de Catalina, amante tan ingenua como canalla; el envaramiento distante de la aristocrática Dolores. El contrapunto lo pone Gorro, el amado, el silencioso, el que a todos seduce con su propio misterio. Nieva distorsiona con maestría la atmósfera de obras como El árbol de la ciencia de Pio Baroja, o El hermano Juan de Unamuno. De la primera toma el ambiente estudiantil de la Facultad de Medicina de la calle de Atocha de Madrid; de la segunda, el personaje del hermano Juan. La convergencia de todos estos hechos lleva a Nieva a calificar su obra como un pastiche, aunque en realidad es un burdel; el

burdel de la vida en que nos solzamos hoy con las mismas trapacerías e ingenuidades que hace un siglo, porque siguen vivos el expresionismo de Gutiérrez Solana, el costumbrismo distorsionado de Arniches, el Madrid de Galdós. Madrid es hoy un decorado de Galdós y sólo Nieva y unos pocos más han sabido darse cuenta. Los protago-

nistas, como es norma en Nieva, disfrutaban perdiéndose por amor. Así hasta la muerte.

La guarida, de Lourdes Ortiz

La Guarida es la historia de Nemo, un ermitaño, un hombre intencionadamente apartado del mundo, que en un momento ve invadida su tranquilidad por un grupo de gente que ha sufrido un accidente aéreo y llega a su casa, incomunicada por la nieve con el mundo civilizado. Todo sucede en una habitación cerrada. Los personajes son Nemo y los ecos que llegan de la ciudad, irrumpiendo y trastocando su vida tranquila. Es una obra hecha de personajes, actitudes y voces, ideal para el juego del actor. Los protagonistas tienen personalidades fuertes, sufren conflictos contemporáneos y liberan todas sus tensiones en ese mundo cerrado. La codicia, el sexo y la agresión están en el aire. Es un ejercicio de reflexión sobre nuestros temores, sobre el dilema de la participación o la exclusión voluntaria de una sociedad que mancha cuanto toca.



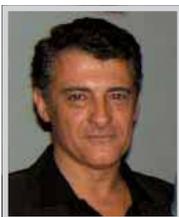


Nivel siete

entro en un colegio abandonado. Siempre la misma desolación, la misma luz cenicienta que lo domina todo desde el fin de la última guerra, la más destructiva de todas. Sujeto con fuerza la ametralladora mientras inspecciono el lugar. En la pizarra todavía está escrita parte de la lección que los chavales estarían estudiando cuando estallaron las bombas. Las sillas y los pupitres están tirados por el suelo en completo desorden. Tiene gracia, antes de la aniquilación yo era profesor en un sitio como éste. Conecto el detector de movimiento y recorro con él en la mano un largo pasillo al que se abren varias aulas. Parece que estoy solo. Nunca había estado en esta parte de la ciudad. Oigo un crujido a mi espalda y reacciono disparando una ráfaga antes de ver que se trata de una rata que corre a refugiarse en una grieta de la pared. El sensor sigue indicándome que no hay nadie. Suelto el arma y busco en mi bolsa un pequeño botiquín con el que conseguí hacerme hace unos días en el hospital. Estoy herido y necesito curarme. Por suerte contiene lo necesario. Apenas he terminado cuando otro ruido me alerta justo a tiempo. Cojo de nuevo la SAW y al volverme veo cómo se acercan hacia mí tres zombis, lentamente, tal y como ellos caminan, con pasos de títeres siniestros. Son niños, por su estatura diría que de menos de diez años: la plaga no respeta a nadie. Se aproximan mirándome con sus odiosos ojos en blanco que fosforescen en la semioscuridad y esa mueca descarnada y espantosa que su ausencia de labios hace parecer una sonrisa. Siento asco mientras aprieto el gatillo sin apartar la mirada de sus cuerpos infantiles que mientras intentan alcanzarme se retuercen acribillados hasta desplomarse. Sé que el ruido atraerá a otros y salto por una ventana para esconderme. Al fondo de la calle se alza la ruinosa skyline de Omegalópolis sobre el fondo rojizo del cielo y dudo si alguna vez seré capaz de llegar tan lejos.

Vuelvo una esquina y, como esperaba, encuentro varios adultos. Me basta un segundo para darme cuenta de que me han rodeado. Hombres y mujeres medio podridos que se mueven impulsados tan sólo por el olor a vida que perciben en mí. Oigo sus pies arrastrarse y el gemido repulsivo que sale de sus gargantas. Saco la recortada y con un chasquido seco tiro del tubo de alimentación antes de volarle la cabeza a una mujer que cae de bruces delante de mí. El resto es el baile de siempre: cargo y disparo, una y otra vez, girando sobre mí mismo, hasta que soy el único que queda en pie. Huele a pólvora y el cañón de la Remington humea como el infierno.

percibo el sonido lejano de unos deslizadores —¡maldita sea!—, y sé que si no encuentro refugio estaré a merced de los cyborgs, medio hombres, medio máquinas, a los que he aprendido a temer, ya que están perpetuamente en comunicación entre sí por medio de los equipos que tienen instalados en sus cráneos. El único modo de liquidarlos y salir vivo es dispararles y soltarles una granada IEM que anule sus señales antes de que consigan comunicarse con otros. Comienzo a moverme para evitarlos. La calle parece despejada pero el zumbido de las plataformas magnéticas sobre las que se desplazan va aumentando hasta parecer un enjambre de jodidas avispas. Corro como un poseo controlando la respiración, saltando para evitar los obstáculos que encuentro en mi camino. Necesito ganar altura, tener algo de perspectiva para no convertirme en su presa. Aún no tengo demasiada experiencia con estos cabrones del nivel seis, no como con los zombis que, aunque letales si consiguen acorralarte, son estúpidos. Echo abajo de una patada la puerta de una casa y subo por las escaleras desvencijadas hasta llegar a la azotea desierta. A lo lejos distinguo un destello sobre el metal de las máquinas que sobrevuelan las calles buscando a supervivientes como yo para exterminarlos. Preparo un par de



José Melero Martín



LUISA AROCA

Necesito ganar altura, tener algo de perspectiva para no convertirme en su presa. Aún no tengo demasiada experiencia con estos cabrones del nivel seis

granadas electromagnéticas que cuelgo de mi cinturón y un cargador de balas explosivas que encajo en la pistola.

espero agazapado tras un depósito de agua y me repito a mí mismo que estas escaramuzas no me conducen a nada. Debo encontrar el modo de llegar a la fortaleza que las máquinas instalaron en el centro de Omegalópolis y en la que ocultan un secreto que devolverá el dominio a los pocos humanos que quedamos. Por lo que sé, se trata de algo que ni ellas pudieron destruir. Agacho la cabeza y delante de mí pasan zumbando cuatro deslizadores cada uno con un cyb pilotándolo. Sus miras láser, rojo sangre, barren el terreno bajo ellos. Uno se rezaga y se queda flotando delante de mí sin detectar mi presencia. No lo pienso, me pongo de pie y salto desde la azotea hasta la plataforma mientras le vacío un cargador en la cabeza. Mientras se desploma le meto en la boca una granada que estalla silenciosa antes de que el cyb se estrelle contra el pavimento. Contengo la respiración sin saber si mi treta ha funcionado. El resto de la jauría se aleja sobre los edificios sin percatarse de la suerte de su compañero. No puedo creer que haya conseguido hacerme con uno

de sus discos voladores y doy un aullido de triunfo.

Los mandos son sencillos y en cuanto me hago con ellos giro en redondo y me dirijo directo al territorio de los meca en el corazón de la ciudad, por fin el nivel siete. Mientras vuelo sobre los arrasados suburbios siento un deseo tremendo de beber una birra, una bien helada. La silueta de los devastados rascacielos va creciendo a medida que me acerco. Es un momento trascendente después de tantas semanas arrastrándome y huyendo de los carroñeros de los que aún me parece sentir su hedor a cloaca en las narices. Casi me costó la vida llegar hasta el territorio de los cybs, mucho más astutos y letales, organizados en jaurías conectadas entre sí. Poco después vino el descubrimiento junto a mi antiguo compañero, Eneas 7, de unos archivos informáticos en los que se revelaba que la clave estaba custodiada en la fortaleza, algo cuya naturaleza no alcanzamos a imaginar pero que sería nuestra salvación. Como comprobamos desde entonces, hasta que mi colega fue devorado, el juego se hacía mucho más duro a medida que nos acercábamos a la ciudad. Y ahora que por fin, después de semanas de huidas y matanzas estériles, he encontrado el medio de avanzar hasta el objetivo final, no puedo pensar más que en tomar una birra. ¡Bah, que más da!

quando la partida, suelto los mandos y me estiro para desentumecer los músculos. Son las nueve, hace rato que ha anochecido y tras la ventana veo que al menos por ahora esta ciudad sigue en pie. Me calzo las Nike y bajo a la calle. Las aceras están llenas de gente y el asfalto de coches malolientes y ruidosos. El súper está cerrado y pienso que seguro que el chino sigue abierto —no creo que ese tipo cierre jamás—. Sonrío pensando en lo que hoy he conseguido y lo que me espera cuando llegue a la ciudad. Me cruzo con una peña interminable que vuelve del trabajo a pasar la noche en sus cubículos y por un momento me parece percibir el olor a zombi. Por reflejo mis dedos pulsán en el vacío el botón del stick que me da acceso al arsenal para coger la metralleta, pero ahora estoy en otra realidad en la que los muertos vivientes sólo atacan cuando se les provoca.

El chino está sentado tras el mostrador y me sonríe cuando entro en su tienda. Cojo seis cervezas heladas del congelador y voy a la caja. Mientras espero a que termine una incomprensible conversación por móvil en su idioma, otro tipo se me pega detrás hablando también por teléfono sobre algo que no me interesa oír. Putos cybs, todos conectados entre sí, pienso, ansioso por volver a pilotar la plataforma. Por fin pago y sin poder esperar abro una lata y la voy bebiendo mientras camino despacio de vuelta al apartamento. La gente que está atascada dentro de los coches comienza desesperada a aporrear los claxons y los que caminan van con la mirada perdida, oyendo música o hablando ensimismados por sus celulares. Hay un escarpate enorme lleno de teles de plasma encendidas en las que aparecen por centuplicado, en las noticias, imágenes de un atentado terrorista no sé dónde. Me paro delante y abro otra cerveza mientras contemplo los cadáveres esparcidos por la calle y a gente gritando y corriendo. Doy un trago y siento un pelizco de miedo en lo más profundo del estómago.

Unos minutos después las ruinas de Omegalópolis y su enigma, el que salvará a la humanidad, están por fin a mi alcance. Una formación de drones exterminadores se acerca por el horizonte. Aumento la velocidad del deslizador, empuño el fusil pesado de asalto y le inserto un cargador de proyectiles de uranio empobrecido. El corazón me late con fuerza y me siento rabiamente vivo mientras les grito que vengan a por mí si se atreven.

<http://josemelero.blogspot.com>



Últimos libros del autor:

- La soledad de húsar
- Los territorios del sueño
- Conflictividad y violencia en los centros escolares

A Manolo le preocupa la Biología

—Hay que ver todo lo que hoy sabemos que antes no sabíamos —lo solté espontáneamente, casi sin pensar; la doctora sonrió y yo proseguí con satisfacción—. Me gusta viajar por internet y descubrir cosas; así, sobre las once, cuando el sabio se acerca con uno de los problemas que siempre tiene con los cables y nos tomamos una tisana, aprovecho para preguntarle su opinión, aunque no siempre la entiendo. Hoy hemos comentado los resultados de una investigación sobre la biología humana.

Sólo con yo decirlo, la doctora anotó alguna cosa en su libreta. Me dejó sorprendido porque aún no le había explicado nada. Fíjate, pensé, aun antes de empezar, con sólo anunciar vagamente el título, ya tengo cautivada su atención. Y, casi en seguida, sin darme apenas tiempo a relamer el pequeño triunfo, ella alzó la vista, ansiosa por escuchar a dónde me dirigía. Naturalmente, quise complacerla:

—He rastreado los detalles de un estudio que explica por qué los hombres prefieren a las mujeres con curvas —ella ladeó la cabeza, como para mirarme de reojo, pero, como no intervinio, añadí—. Si la cintura mide entre un sesenta y un setenta por ciento del tamaño que miden las caderas, la inteligencia de la mujer es más elevada que si guardan otras proporciones.

La doctora se cubrió el rostro con las manos y, claro, me quedé un poco azorado, pero enseguida me miró de nuevo, con cara de póker en esta ocasión. Algo en su actitud disparó mis inseguridades, pero me sobrepuse y tomé una resolución rápida, tiraré para adelante como si nada. (INCISO: El tratamiento está dando sus frutos).

Yo explicaba mis descubrimientos al sabio para que él me los tradujese en algo comprensible mientras Mary Luz nos servía una manzanilla, confíe calmoso a la doctora. No sé si la chica aún estará mondándose de la risa, la verdad es que le cogió casi un ataque:

—Don Gustavo, que valora tanto la inteligencia, debe de tenerlo clarísimo— soltó al final de la catarsis.

Sin embargo, yo tenía mis dudas. Justo me estaba preguntando qué me preocupa más, la cintura, las caderas o la inteligencia de la chica que acabo de conocer, cuando vi la luz; sin duda alguna, la dulzura es lo más importante. Pero hete aquí que esto no se lo conté a la doctora. Ella dijo que debía escribir y confiarlo todo a este diario, que lo escriba antes o después de las sesiones es asunto mío. Resumiendo, opté por repetir las disquisiciones de don Gustavo sobre el asunto:

—Es el empeño en que sobrevivan nuestros genes, hijo, la lucha por la supervivencia. El programa piloto del disco duro de nuestro cerebro pide que nuestra sangre permanezca aquí de un modo u otro, o sea, con hijos.

Ya ves tú qué barbaridad, me quejé yo, pensaba que sobre todo uno debía perseguir la felicidad. Pero el sabio tenía la respuesta a punto:

—¿Quí! Eso no está en el disco duro. La felicidad es una exigencia moderna, casi ni la hemos estrenado —y siguió con su clase magistral de biología—. En realidad, la inteligencia de las mujeres es irrelevante, excepto porque aumenta la probabilidad de que tengan hijos inteligentes, y, cuanto más inteligentes los hijos, tanto más probable que tengan nietos. Es decir, para que nuestros genes sobrevivan nos buscamos una pareja con una buena ratio entre la cintura y las caderas.

Llegados a este punto de mi relato, la doctora carraspeó. Yo no pude menos que notar que la



Carmen Matutes

estaba incomodando. Me puse algo nervioso, ni atiné a contarle cuánto me consuela pensar en mi cerebro como si fuera un disco duro, cómo me alegra la sensación de que casi lo comprendo. En cambio, por aquello de que uno siempre cae en lo que pretende esquivar, continué profundizando en el asunto de las curvas:

—Si el sabio lo dice, será —manifesté a la psicóloga con convencimiento—. Sin embargo, entonces se me ocurrió pensar que las Sofía Loren, Claudia Cardinale etc. abundan más en el Mediterráneo que en Suecia, donde las

Se ve que tuve un día mentalmente ágil, doctora, créame, casi de inmediato, un nuevo interrogante emergió como la espuma de una buena cerveza, incluso lo verbalicé sin ningún problema:

—Si usted lo dice será, pero cada generación debe ser más tonta que la anterior porque la cintura va en aumento. ¿Qué me dice usted de esto, don Gustavo?

Ahí el sabio tenía la respuesta preparada:

—Y que lo digas, hijo, y que lo digas. Yo me quedo con la cintura de avispa de Elizabeth Taylor.

Hay que ver cómo son los viejos, ¿verdad, doctora?, siempre convencidos de que lo suyo era mejor. Pero la doctora tendría un mal día, incluso dejó de apuntar. Yo primero me lo tomé a mal, pero luego me consolé, también ella tiene derecho a un mal día, ¿o no? No obstante, quizás a causa de su frialdad, me negué a confiarle intimidades y persistí con la lección del sabio, en parte porque me dejó más ancho que largo:

—Aunque, Manolo, fíjate lo que son las cosas, tienes razón en señalar que hay un problema de consistencia temporal —repetí literalmente las palabras del sabio porque no hubiera sabido cómo

Le comenté a don Gustavo que si es cierto que en el Mediterráneo hay más curvas que en Suecia, el disco duro mediterráneo debe funcionar mejor que el sueco. ¿Por qué será que no se nota?

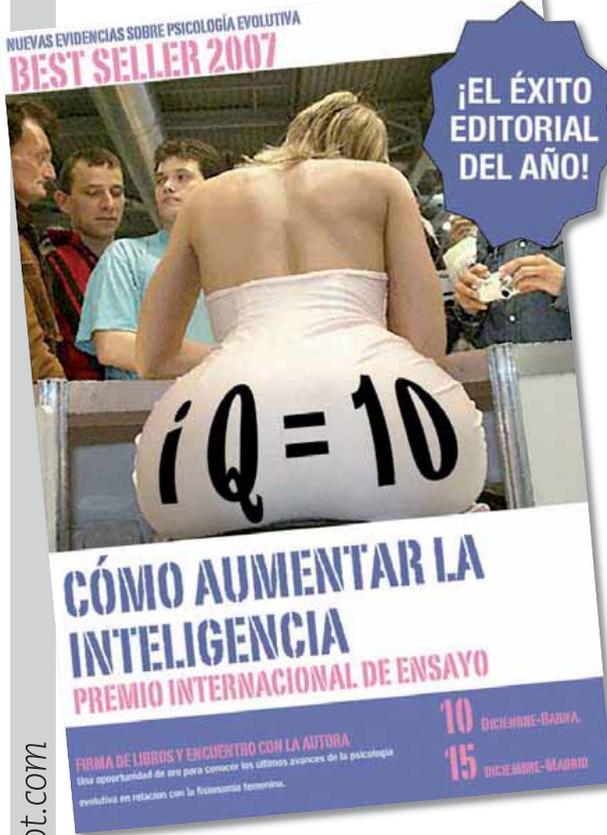
sustituirlas—. Alguna fuerza contrarrestante debe de actuar porque cada generación saca una puntuación más alta que la anterior en los tests de inteligencia.

Y, ¿cómo medirán la inteligencia? Seguramente lo pensé en voz alta, aunque ni cuenta me di. El caso es que el sabio aclaró lo que yo creía un interrogante interno.

—Con IQ's. ¿Sabes qué son los IQ's? —y no esperó a que contestara—. Si no lo sabes, no lo admitas, todo el mundo deducirá que tienes pocos, si tuvieras muchos te habrías enterado. Para que no te cojan desprevenido, los IQ's son las unidades con que se mide la inteligencia. ¿Qué inteligencia exactamente? La que se mide con IQ's, lógico, hijo. Así estamos.

Llegados a este punto la doctora puso una expresión..., cómo la calificaría yo, como si ya tuviera suficiente para una jornada, quizá está a punto de pillar una gripe. Yo reflexioné en silencio durante unos segundos que se me hicieron largos. Consideré la posibilidad de preguntarle cuánto medían su cintura y sus caderas —aunque la ratio me hubiera bastado— y acabé rechazándola por excesivamente arriesgada. Al final, opté por ir directo al grano.

—¿Cuántos IQ's tiene usted, doctora?



<http://carmenmatutes.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- De Cháchara
- Andrea(s)

mujeres suelen tener una figura más estirada, ¿no lo cree usted así, doctora?

Entonces, casi lo juraría, la doctora inhaló profundamente y contuvo la respiración unas décimas de segundo. Yo lo consideré muy mal presagio y me puse aún más nervioso, tanto, que ni le di la oportunidad de intervenir y proseguí, esta vez con astucia, como para pasar el mal trago lo antes posible:

—Le comenté a don Gustavo que si es cierto que en el Mediterráneo hay más curvas que en Suecia, el disco duro mediterráneo debe funcionar mejor que el sueco. ¿Por qué será que no se nota?, le pregunté. Y fíjese, usted, doctora, que por primera vez desde que lo conozco me pareció que el sabio no tenía la respuesta en la punta de la lengua. Sin embargo, tras vacilar unos segundos, la encontró:

—Quizás es un efecto óptico que causa la estatura o quizá los mediterráneos perdemos algún punto en inteligencia por nuestra mala tradición como estudiantes.



La iglesia (I)

Estaba todo en silencio. Abrí la ventana y entró el aire frío y lleno de humedad de aquella noche de otoño, los días se desvanecían ahora con demasiada rapidez. Había llegado a aquel pueblo remoto poco antes de la hora de comer. Sentada en un banco junto a la iglesia estaba mi casera, me acompañó a mi nueva casa, estaba a escasos metros de donde ella me esperaba. Contemplé en silencio aquellas inmensas habitaciones, una bocanada de aire helado nos había salido a nuestro encuentro al abrir la puerta. Era la tercera planta del edificio, la última. Recuerdo que le dije por teléfono que prefería un piso alto, le expliqué que era para aprovechar durante más tiempo la luz del día, ella guardó silencio un momento, luego me recordó que en aquel edificio no había ascensor. No importa, le respondí.

Me ayudó a encender la estufa de butano que había en el comedor, en el dormitorio había otra, sólo dos en aquella casa de largos pasillos. Antes de irse encendió el televisor. —No debe apagarlo hasta que se vaya a dormir, acompaña mucho cuando se está sola. Al decir aquello nos miramos en silencio, fue un instante fugaz de complicidad. Antes de marcharse me preguntó cuándo iba a comenzar a trabajar.

—Depende de cómo encuentre mañana la consulta.

—Yo puedo ayudarla a ponerlo todo en orden.

Cuando se fue me apoyé en la ventana y contemplé la calle desierta. En los pueblos de montaña en cuanto el sol se oculta detrás del elevado horizonte la vida desaparece, empiezan a encenderse luces al otro lado de las ventanas y el aire se llena del aroma a leña quemada que se esparce lentamente desde todas las chimeneas. Es la noche que se acerca. Demasiado pronto quizá cuando todo alrededor está sumido en el silencio profundo.

Cerré los ojos y aspiré la intensidad de aquella noche envuelta en el olor a madera. Luego miré el cielo, lo habían invadido miles, millones de estrellas. ¿Dónde habían estado antes las estrellas?

En ese instante algo me hizo apartar la mirada del cielo. Se había encendido la potente luz que había sobre la puerta de la iglesia, había sido sólo un momento, luego, se había vuelto a apagar. Me quedé contemplando aquella puerta sin entender, la casera me había explicado que a la iglesia del pueblo le había pasado lo mismo que a la consulta, desde que se jubiló el último sacerdote, hacía ya varios meses, nadie había vuelto a abrir sus puertas. Desde entonces el pueblo estaba a la deriva, me dijo, sin médico y sin sacerdote.

Cerré la ventana y me fui a la cocina, aún me quedaban allí paquetes de comida sin desempaquetar. Al pasar junto al televisor bajé el volumen, pero no lo apagué. Estaba entretenida guardando en los armarios paquetes de comida cuando escuché el sonido de una campana. Me quedé quieta en mitad de la cocina. Fui de nuevo hasta la ventana del comedor y contemplé aquel edificio envuelto en el silencio de la noche, miré hacia el campanario, todo estaba negro. Sin embargo, en ese instante se encendió una luz en la casa donde había vivido el sacerdote, contemplé la silueta de un hombre al otro lado de los visillos, parecía corpulento. Pensé que aquello era una rara coincidencia, el mismo día la consulta y la iglesia del pueblo habían dejado de estar vacantes. Sin embargo, recordé que la casera me había dicho que nadie había querido venir a ocuparse de aquella parroquia perdida en la montaña.



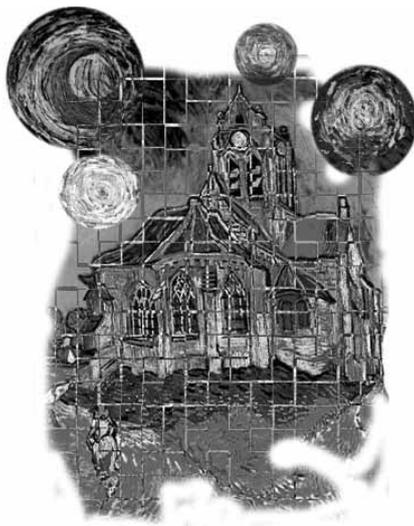
Isabel María Abellán

Volví a la cocina. En ese instante la campana de la iglesia repicó levemente. Fueron breves golpes suaves, como si el viento la meciera y la hiciera sonar a su pesar. Sin embargo la noche estaba tranquila, sin viento. De pronto, un tañido seco y rotundo rompió el silencio. Corrí al comedor y contemplé de nuevo el campanario, no podía ver nada, todo estaba a oscuras. Pero esta vez no había sido el viento porque la calma era total, todo estaba quieto, ni siquiera las hojas caídas de los árboles se movían.

Miré las casas que rodeaban la iglesia, no había luz en ninguna ventana, por alguna extraña razón aquella parte del pueblo estaba deshabitada. Me senté un instante, un antiguo temor empezó a cercarme. Otra vez, como entonces. Me inquietaban aquellas campanas que se quejaban en medio de la noche, y sobre todo, aquella silueta corpulenta que había visto durante un instante al otro lado de los visillos. La noche ya no me pareció envolvente y silenciosa, tampoco las estrellas brillaban con la intensidad de antes. Descolgué el teléfono para llamar a mi casera. No daba tono. Sin embargo, mientras me enseñaba la casa, ella lo había descolgado y delante de mí había comprobado que funcionaba per-

correr, porque entonces el miedo se introduce dentro de ti y termina por dominarte.

bajé lentamente las escaleras de aquellos tres pisos y salí a la calle. Sentí el frío seco de la montaña en la cara y en las manos, me subí el cuello de mi chaquetón y metí las manos en los bolsillos. Miré a mi alrededor, definitivamente aquel lugar estaba deshabitado. Avancé lentamente hasta la puerta principal de la iglesia, busqué en el muro, pero allí no había ningún timbre al que poder llamar, golpeé la puerta, pero la madera era tan gruesa que amortiguaba el sonido, lo intenté de nuevo con más intensidad. Escuché en el silencio de la noche el eco de mis golpes en el interior del templo. En ese instante se apagó el potente foco que había sobre la puerta y se oscurecieron los ventanales. Aquel desconocido y yo estábamos solos en mitad de la noche. Él estaba al otro lado, no demasiado lejos, porque había escuchado mis golpes en la puerta y había apagado repentinamente todas las luces. Sonreí al recordar a mi padre, me había enfrentado a



La casera me había explicado que a la iglesia del pueblo le había pasado lo mismo que a la consulta, desde que se jubiló el último sacerdote, hacía ya varios meses, nadie había vuelto a abrir sus puertas

fectamente. Cogí el móvil y marqué su número, pero recordé entonces que en aquel pueblo no había cobertura, me lo habían advertido el día en que supe que aquel era mi nuevo destino.

me senté en el sofá y subí el volumen del televisor. Estuve un rato allí sentada, sin saber exactamente lo que estaba contemplando, allí enfrente había imágenes y gente que hablaba, eso era suficiente. Hasta que un resplandor intenso iluminó la noche. Despacio, me acerqué de nuevo a la ventana, había cerrado los cristales para intentar alejar el sonido de las campanas, pero no había imaginado que de nuevo se encendería el potente foco de luz que había sobre la puerta de la iglesia. Contemplé la calle iluminada por aquella intensa luz, pero no era la única, todo el templo estaba ahora iluminado por dentro, a través de las cristaleras una luz tenue, salpicada de múltiples colores, se derramaba por la pequeña plaza que rodeaba el edificio.

Apoyé la frente en los cristales. Recordé entonces el consejo que mi padre me dio cuando de pequeña me daba miedo abandonar la sala de estar donde estábamos todos y salir al pasillo negro para ir hasta la cocina. Me dijo aquel día: quédate quieta y míralo de frente, no eches a

mi propio terror y al hacerlo el miedo se había alejado, tal como él me dijo.

rodéé la iglesia y me fui directa al lateral donde se levantaba la casa del sacerdote. Aquel edificio era el que yo contemplaba desde mi ventana, allí, en la primera planta, era donde había visto aquella silueta cruzar fugazmente detrás del cristal. La puerta de la casa sí tenía timbre, lo pulsé y el sonido metálico golpeó con dureza el silencio de la calle desierta. Pegué el oído a la puerta, pero no escuché unos pasos que se acercaran para abrirla. Presioné con fuerza el timbre y mantuve el dedo un buen rato. Nada, sólo silencio. Cansada, me apoyé en la puerta y entonces ésta cedió con suavidad. Al otro lado de aquella puerta etornada todo estaba negro, como aquel pasillo infinito de mi infancia.

Empujé y la puerta se abrió del todo. Me resultaba imposible controlar el temblor de mi mano, pero aun así busqué el interruptor y lo pulsé. Una larga escalera surgió entonces delante de mí. Al final había otra puerta, también estaba cerrada.

No sé qué fuerza extraña me hizo subir aquellas escaleras y entrar en aquella estancia oscura y fría. ¿Por qué era tan fácil entrar en aquel lugar? (Continuará...)

<http://isabelmabellan.blogspot.com>



Últimos libros de la autora:

- El último invierno
- La línea del horizonte

Los andamiajes de la violencia

En la última escena de la película "Una historia violenta", de David Cronenberg, el protagonista regresa a su casa, su familia está comiendo y le recibe con frialdad, sin dejar espacio en la mesa para el padre. Se trata de un hombre que nos han mostrado como un ciudadano modélico, que pasa a convertirse en héroe popular por la legítima defensa de su negocio que le lleva a matar a dos atracadores. Posteriormente descubrimos que se trata de alguien que mantiene un pasado mafioso y criminal. En ese viaje de uno a otro, la idílica familia se ve imbuida por las pulsiones de la violencia y esa tensión se marca en sus propias relaciones. Por eso cuando el padre regresa existe un juego de miradas entre ellos, una desconfianza que sólo romperá la más pequeña de la familia, una niña rubia de rostro angelical, que pone un cubierto en la mesa al progenitor regresado al hogar. ¿Es su inocencia la única capaz de liberarse de la convulsión violenta, de no verse inundada por sus estigmas?

Cronenberg ha dicho: "Me ha fascinado siempre un orden que esconde un desorden inminente", y así nos muestra escenarios donde se puede ser víctima y verdugo, estar impregnados de una violencia tan contenida de gloria, como de miseria, y lo terrible es que no se diferencia mucho una de la otra. El protagonista de la citada película mata a su hermano que sigue siendo un mafioso, pero no sabemos dónde está Abel y dónde Cain. La violencia es circular.

En la última película del director canadiense, "Promesas del Este", Viggo Mortensen encarna a Nikolai, un chófer de una de las familias del crimen organizado ruso en Londres. Nuevamente nos volvemos a encontrar con un personaje dual, que tanto puede ser un criminal o un infiltrado de alguna policía. Y no nos explica la dualidad, porque quiere dejarla ahí, sobre su piel tatuada. Lo que sí podemos ver son los naufragos de una sociedad en descomposición, la rusa, donde la KGB se transforma más que desaparece, al igual que los estados han perpetuado sus formas opresivas (zarismo-estado soviético-capitalismo) mientras permanecen los rasgos identitarios esclavistas más tradicionales y conservadores. Y que la película se titule "Promesas...", puede ser una ironía, un oscuro presagio o una puerta abierta a la esperanza porque un bebé se salva de la barbarie mafiosa.

En un momento de la obra "Imperium", de La Fura dels Baus, las actrices enarbolan antorchas encendidas, a modo del fuego que Prometeo roba a los dioses para liberar al mundo de las tinieblas. Pero sin embargo el espacio continúa sometido a la oscuridad y lo que se iniciará son peleas sin fin entre las portadoras de ese fuego liberador. Es el símbolo de las rebeliones devoradas por sus propios hijos, que han poblado el pasado siglo, mostrando cómo los sueños pueden corromperse e incluso convertir



Pedro Antonio Curto

las utopías en terribles pesadillas. Porque la violencia es circular.

¿Por qué un hombre mata a otro? ¿Una palabra de más? ¿Un agravio que se carga por años, como una herida putrefacta? ¿Un resentimiento que de pronto estalla? ¿Una cuenta que hay que saldar para estar conforme con uno mismo, si es que ese milagro puede ocurrir alguna vez en la vida de nadie? Son las preguntas que se hace el escritor argentino Andrés Rivera en la novela "El profundo Sur", recientemente editada en España. Nos habla de unos sucesos ocurridos en el Buenos Aires de 1919, en un momento de revoluciones y reacciones. Cuenta el cruce de un azar, de cuatro hombres en una calle

convulsa, con el resultado de que unos serán asesinos y otros asesinados, pero su papel es intercambiable porque cargan con sus biografías, donde frustraciones y agresiones, rencor y venganza, se encuentran en el tumulto de una calle bonaerense.

Nos habla de un tiempo violento, pero podría ser hoy mismo, porque ese "profundo Sur" es un lugar mítico donde los seres se encuentran con la desafección por una sociedad que les somete al engranaje de unas estructuras donde son personajes circunstanciales. La violencia es circular.

Son tres expresiones escogidas al azar, en que partiendo del campo de la creación se reflexiona sobre la violencia. En un mundo donde lo violento es un plato diario informativo, que forma parte, aunque sea sibilinamente, de la competencia social, parece lógica su presencia en el campo del arte. Porque es desde éste, el que nos permite cruzar todas las fronteras, no atenerse a las normas que la vida nos obliga.

Pero el paradigma lo encontramos al situar la violencia en lo social, lo económico, lo político, que en definitiva son los determinantes. A pesar de que aparentemente la legislación, los planteamientos discursivos o la filosofía que rigen las sociedades occidentales han pretendido desterrar las formas violentas, éstas persisten e incluso se incrementan. Hay violencia política en mayor o menor grado, violencia en las relaciones familiares, contra las mujeres, contra los diferentes, en lo laboral, en la educación, en el ocio... Basta con salir una noche y encontrarse con que los locales tienen que tener vigilantes, que hay gentes que se pelean por los motivos más espurios (en algunos casos basta una simple mirada, un empujón) o los más arcaicos. Curiosamente el cuerpo violento se ha intro-

ducido en uno de los logros más liberadores de nuestra sociedad, como es el ocio y la diversión nocturna. Igual pasa en la educación, donde los asesinos múltiples parece haber saltado el charco y llegan a Europa. Da que pensar porque no hay respuestas fáciles, sino incógnitas sobre determinadas formas de progreso, sobre que la violencia está en ese modelo. La pulsión violenta, como la de la muerte es una parte de nosotros y es posible que estemos esquivando un diálogo a fondo y profundo con esa pulsión. Hemos llegado a creer que podíamos haberla controlado por lo avanzado de nuestro modelo social, pero es posible que lo que ocurra es justo lo contrario, que algunos de sus esquemas han servido para socializarla, aunque sea de una forma oculta y sibilina, achacándola a factores sociales y psicológicos del individuo violento. Habría que empezar por reconocer,

Es el símbolo de las rebeliones devoradas por sus propios hijos, que han poblado el pasado siglo, mostrando cómo los sueños pueden corromperse e incluso convertir las utopías en terribles pesadillas. Porque la violencia es circular.

que todos somos parte de ese individuo violento colectivo. Aunque sólo sirva para empezar a hacerse preguntas sobre las incógnitas que se plantean. Como ocurría cuando la Suecia del bienestar socialdemócrata tenía uno de los mayores índices de suicidio; y nadie se explicaba por qué tantos ciudadanos de ese "paraíso" escogían la muerte voluntaria.

Quizás se deba a que existen felicidades de escaparate, orwellianas, que siguen fabricando la insatisfacción de vivir en el mejor de los mundos posibles. El que los modernos y democráticos países occidentales sigan expresando su orgullo nacional con el desfile de su armamento y hombres armados, es algo más que un mero símbolo. Porque la violencia es circular.



<http://www.curtoescritor.com>



Últimos libros del autor:

- Los viajes de Eros
- El tango de la ciudad herida
- Un grito en la agonía
- Crónicas del asfalto

Los viajes de Eros, de Pedro Antonio Curto, erotismo de calidad en Ediciones IRREVERENTES





Últimas copas juntos

ni siquiera medió premeditación; sucedió tal como cuento, espontáneamente.

—Dos vinos, por favor.

El camarero me miraba extrañado. El local se hallaba vacío y yo entraba solo. No obstante su estupor, preguntó:

—¿Alguna marca en especial?

Distraído, dentro de mí mismo, tardé en contestarle. Al final, dije:

—Ponme aquí que conserve el añejo buqué de la amistad o quizá ese mosto de color frambuesa, limpio y brillante, al que decimos de "lágrima".

Tengo la impresión de que mi respuesta contribuyó a aumentar la confusión del barman. Mas ninguna aclaratoria hice; fijé la vista en las botellas de licor que decoraban los anaqueles y empecé a contarlas. Era simple recurso para intentar distraerme.

después les llegó el turno contable a los vasos que colgaban del carril soporte. Terminé fijando la atención en las sombras que dibujaba la humedad del techo del local, en el trepar de una mosca a través del desconchado de la pared y en los originales afiches que indicaban el acceso a los retretes. ¡En cuántas cosas absurdas reparé!

Sin embargo, la indiferencia psíquica, que es resultado de la pena interna, hacía parecer ausente.

La noche permite pensar, ya sea junto a la almohada de la cama o dando tumbos por las calles de la ciudad.

Cruzaban mi imaginación, a saltos mentales, detalles de fraternal relación. Intrascendentes en el fondo, abastecían el rimero de las gratas remembranzas.

desde luego, estaba embriagándome... de emociones, que no de alcohol. Lo sentimental podía al etílico; las sustancias que destilaba el alma portaban mejor vigor y aroma que el de la uva garnacha tinta. En consecuencia, la melancolía me invadía el corazón más que el alcohol las venas.

Debía afligido, sí; pero sin buscar el olvido, sino forzando el recordatorio.

En determinado momento tuve la impresión de que atravesabas la puerta, que irrumpías en el bar con tu innato aire desenfadado y la sonrisa bailando en los labios.

perder al amigo significa morir en cuerpo ajeno. Aun pretendiéndolo, difícil resultará encontrar relevo al compañero de siempre, aquí con el que conviviste de niño tierno, de hombre curtido y de viejo achacoso, a imagen y semejanza, en afinidad de ideas y coincidencia de gustos... y de disgustos.

A nuestra amistad le sobraba el pregón de las palabras. Contradiendo la conocida composición de un famoso y melifluo cantante brasileño, aseguraré que no hemos pasado duros avatares; al contrario, supimos disfrutar los buenos momentos sin tragos amargos. Ciertamente que tenías alma de niño, y que eras mi amigo en cada jornada.

¿Virtudes? Algunas, como pocos. ¿Defectos? Muchos, como la mayoría.

Que importante y apreciable resulta el camarada que, conociéndolas, nos tolera las imperfecciones. Quien pretende un amigo perfecto



Álvaro Díaz Escobedo

corre el riesgo de perder los amigos. De todos modos, la amistad exige cuidada selección, pues es animal de compañía no sujeto a yugo y rebaño.

Dudando de mis propios razonamientos, decidí abandonar el pub.

Tras deambular desorientado, tomé asiento en un banco de madera, de cómodo respaldo, en rincón alejado del parque. Al amparo de los árboles, filosofé. ¡Vaya que lo hice!

Evitando que la luz de las farolas me deslumbrase todavía más, profundicé en el pozo de sentencias que sobre la vida y la muerte se han divulgando.

Uinieron a mi memoria esos escenarios del padecimiento a los cuales llamamos hospitales. En realidad, no pasan de talleres que, incorporando estancia y garaje, atienden los fallos inherentes al motor y a la carrocería de la maltrecha anatomía de los mortales.

A renglón seguido vislumbré el sepulcro, aduana funeraria que establece los límites fronterizos de dos mundos muy distintos. Mas enseguida recordé que elegiste la cremación; o sea, llamas dirigidas al cuerpo a mil grados de temperatura, mediante gas natural o propano

Quienes la vemos próxima, tememos la muerte; tú no estuviste en trance de temerla, apenas la sentiste llegar

y control motorizado. En cambio, yo seguiré inclinándome hacia la promoción, el nitrógeno líquido a -196° C. Supongo dará igual recurrir a uno u otro sistema; dejando a un lado posibles bonanzas ecológicas, el espíritu queda liberado mucho antes.

Tu inesperado viaje al más allá, llevado a cabo sin previa reserva de billete, ha impresionado a los que te queríamos.

La decadencia de sentimientos que acompaña al transcurso del tiempo limitará tu recuerdo a contados deudos. Sabes que permaneceré entre ellos en silencio, profunda y constantemente.

No olvides: la vida de los muertos tiene continuidad en el corazón de los vivos. Lo cotidiano de hoy traerá algo que tú hicieras o dijeras ayer; ello te hará presente.

Considera que en el adiós al mundo sólo cambias de residencia para acomodarte en la mansión eterna de los bienaventurados. Y de existir el Paraíso, seguro que formalizarías el trato social a las primeras de cambio, cubata y cura párroco incluidos en el alterne por las nubes.

Los religiosos y los escritores, en particular, hablan de la muerte de forma desenfadada, desmitificándola; o lo hacen con rigor, llegando a profundidades ideológicas y metafísicas que acaso perjudican el sosiego del espíritu.

Aun que la medicina dispone de protocolos clínicos que precisan el óbito, los humanos no

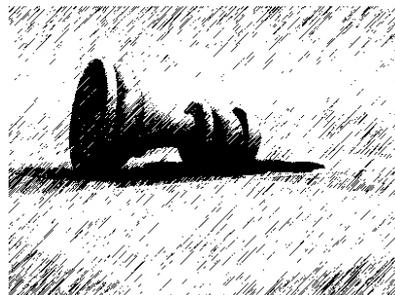
solemos ser conscientes del hecho. Quienes la vemos próxima, tememos la muerte; tú no estuviste en trance de temerla, apenas la sentiste llegar.

A veces, presentándose sin tremendismo, el sueño eterno nos arregla los desgajados que monta la puñetera suerte. Ésta, imprevisible y veleidosa, deparará fortuna o desgracia. De ahí sus primeros y principales apellidos: buena o mala.

La vida engaña y maltrata porque, lo mismo que mima, constituye parte de nosotros mismos; pero en su abandono iguala a los hombres, reduciéndoles a la nada.

En definitiva, desaconsejable resultará luchar contra la muerte. La Parca es tan insuperable que, aun dándonos ventaja en la carrera, terminará alcanzándonos. Y una vez que Cloto y Láquesis hilen y devanen el hilo de la vida, su hermana Átropos lo cortará. Conclusión: el maléfico trío nos transportará a las tinieblas; o sea, a la putrefacción generadora de la fetidez.

me sorprendió el amanecer. Poco advertí, hasta entonces, que había bajado la temperatura ambiental. La sensación de frialdad se infiltraba en los huesos del cuerpo.



Desasosegado, emprendí el camino de regreso a casa. Cerca del domicilio detuve los pasos a la puerta de una churrería. Entré y, resuelto, demandé:

—Dos chocolates y media docena de churros.

De nuevo, sorpresa para el mozo que atendía el mostrador, el cual creía verme doble.

Pensé que el cacao y el azúcar molidos sustituirían al champán navideño; la fruta de sartén reemplazaría a las ostras que, tradicionalmente, degustamos mi entrañable compañero y yo el primer día del año, festividad de San Manuel.

Ahora, tras haber anticipado el desayuno, nos despedimos como si hubiéramos llegado juntos al próximo uno de enero.

No quite fijar fecha de reencuentro. Tampoco él; advirtiéndome, aconsejó:

—Ya no volveremos a quedar; ni mañana, ni pasado... Deseo que tardemos en encontrarnos.

Captando la ironía, contesté flemático:

—Despreocúpate. Esperaré a la muerte lejos del lugar en que habiéndote atrapado a ti.

—No se te ocurra venir pronto a visitarme — insistió —. De algún modo, seguiremos unidos, pese a que la distancia parezca insalvable. —Amén.

El hermano puede ser un buen amigo; el buen amigo será siempre un hermano.

peroratas y borrachera sentimental aparte, "si la muerte fuese un bien, los dioses no serían inmortales". El apoteagma es de Safo, la poetisa que en Lesbos amaba a las mujeres.

<http://diazescobedo.blogspot.com>



Último libro del autor:

• Esencia de mujer

Manuscrito encontrado en Zaragoza

en 1989 vio la luz la primera edición íntegra de *Manuscrit trouvé à Saragosse*, de Jean (o Jan) Potocki (pronúnciese Pototski), uno de los escritores más inquietantes del prerromanticismo europeo. Se hizo cargo de la edición René Radrizzani. El volumen cuenta con más de setecientas páginas y fue publicado por la librería José Corti de París. La tarea de fijación textual llevada a cabo por Radrizzani resulta memorable. Basada en la totalidad de las fuentes accesibles (impresos, autógrafos y copias manuscritas de fragmentos, además de la traducción polaca de Chojecki), edita por vez primera el conjunto de la obra en francés, lengua en que originariamente fue escrita por el conde Potocki (1761-1815), quien comenzó la redacción de su novela en 1797, terminándola poco antes de su muerte.



Luis Alberto de Cuenca

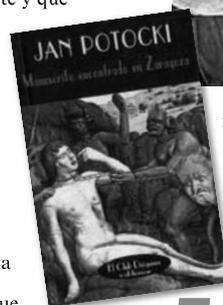
La revelación de *Manuscrit*, y su consagración como obra maestra, no llegaría hasta 1958, año en que Roger Caillois publicó una edición incompleta (aproximadamente una cuarta parte) de la novela. José Bianco tradujo al castellano la edición de Caillois y su prefacio a la misma (Buenos Aires, Minotauro, 1967). En España, José Luis Cano traduciría esa misma edición en 1970, pero esta vez con un prólogo, delicioso, de Julio Caro Baroja (Madrid, Alianza). El resto de la obra, hasta completar el material que acababa de editar críticamente Radrizzani, lo tradujo Rodrigo Escudero (¡del inglés!) en 1977, con el título de *El nuevo decamerón* y una introducción de Jaime Rest (Buenos Aires, Ediciones Librerías Fausto). En 1990, Amalia Álvarez y Francisco Javier Muñoz tradujeron por vez primera la edición íntegra de Radrizzani al español (Madrid, Palas Atenea); en 1997, Mauro Armíño lo hizo por segunda vez (Madrid, Valdemar) y, en 2001, César Aira publicó la tercera traducción española íntegra (Valencia, Pre-Textos). En 1964, el director de cine polaco Wojciech J. Has había filmado una extraordinaria película con el mismo título que la novela, *Rekopis znaleziony w Saragossie*, y unos maravillosos decorados de Jerzy Skarżyński.

desde que apareció la edición de Radrizzani, los aficionados a las letras fantásticas están de enhorabuena. Sin duda, *Manuscrit trouvé à Saragosse* es una de las cumbres del género fantástico. No en vano Tzvetan Todorov convirtió la novela en una de las claves de su *Introduction à la littérature fantastique* (1970), contribuyendo a prestigiar a Potocki y a situarlo en el lugar de excepción que le corresponde. Por fin puede leerse con garantías el texto onírico más genial que conozco, más de doscientos años después de que la Revolución Francesa hiciera posible aquella frase de Goya según la cual el sueño de la razón produce monstruos.

en 1829 se publicaron en París dos volúmenes que contenían una selección de las obras doctas del conde Potocki, al cuidado de un tal Klaproth, miembro de las sociedades asiáticas de París, Londres y Bombay. En

la bibliografía potockiana que inaugura la obra, dice Klaproth de *Manuscrit*: «Además de sus obras doctas, el conde Jan Potocki escribió una novela muy interesante, de la que sólo algunas partes han sido publicadas. Su tema son las aventuras de un gentil-hombre español descendiente de la casa de Gómez y, en consecuencia, de extracción morisca. El autor describe perfectamente en esta obra las costumbres de los españoles, de los musulmanes y de los sicilianos, y los caracteres están trazados en ella con gran veracidad; es, en suma, uno de los libros más atractivos que se hayan escrito nunca. Por desgracia, sólo existen de él algunas copias manuscritas. La que fue enviada a París, para ser allí publicada, ha quedado en manos de la persona encargada de revisarla antes de la impresión. Esperemos que alguna de las cinco copias que permanecen en Rusia y en Polonia salga a la luz tarde o temprano porque, al igual que el *Quijote* y que *Gil Blas*, es un libro que no envejecerá jamás» (tomo I, página XVI). De esas cinco copias sólo quedan hoy dos fragmentos: un *Quatrième Décameron* (1809-1810), actualmente en Cracovia, y una copia de los dos primeros *Decamerones* actualmente en Poznan. De todas estas cuestiones textuales nos informa cumplidamente Radrizzani en su pulquérrima edición (págs. 659-675). La única versión íntegra de la que tenemos conocimiento (hasta ésta que ahora saludamos) es la traducción polaca de Edmund Chojecki, publicada en Lipsk (Leipzig) en 1847 y en seis volúmenes. Se dice que Chojecki destruyó el manuscrito francés del que se había servido para su traslación.

La estructura de *Manuscrit trouvé à Saragosse* es la de *Las Mil y una Noches*. El itinerario iniciático de Alfonso Van Worden es el motivo que enmarca una serie de historias (relatos dentro del relato-marco), que a su vez son el marco de otras historias, que a su vez lo son de otras, como esos receptáculos que al abrirse exhiben dentro de sí segundos recipientes, y éstos terceros, y así hasta siete u ocho, a la manera de las muñecas rusas. Y todas las historias



resultan, a la postre, conectadas entre sí, produciendo en el lector una especie de grato repeluzno de admiración y de sorpresa (piénsese, por ejemplo, en *Los tres impostores*, la estupenda novela de Arthur Machen; recuérdense las *New Arabian Nights* de Robert Louis Stevenson).

Laberinto o caleidoscopio en que las historias y los destinos humanos se reflejan y se entrecruzan, *Manuscrit* es, sobre todo, un relato fantástico, pero también una *summa* novelesca de todos los géneros: novela picaresca, historia de bandidos, novela negra, cuento maravilloso, novela libertina, cuento filosófico, historia de amor, etc. Todas las formas de narrativa se dan cita en sus páginas, entrelazándose en un ballet feérico exquisitamente pautado. El texto de la novela es el espejo de un universo de perspectivas múltiples en que coexisten sistemas de valores, concepciones religiosas y filosóficas, sentimientos del honor aparentemente incompatibles. Y en eso consiste la modernidad —la eternidad— de una obra que, como *Gulliver*, *El Quijote* y las grandes novelas del siglo XX, trasciende por un lado su época y, por otro, el mismo género novelesco.

Ediciones Irreverentes, por su parte, ha publicado “*Manuscrito encontrado en Zaragoza*”, en la versión mágica que construyó Francisco Nieva, a partir de la novela homónima de Potocki. Una aventura arriesgada que sin embargo supuso para el maestro la consecución del Premio Nacional de Literatura Dramática.

Nieva en esta obra hace una versión libre de la novela homónima escrita por el conde polaco Jan Potocki. Se trata de un libro apasionante, involucrante, mágico, árbol frondoso de aventuras, sazonado por el misterio, la muerte y el diablo en la España del siglo XVIII, con majos, inquisidores, marquesas y endemoniados.

Francisco Nieva no sólo ha hecho una versión, sino que le ha dado imagen, como se puede comprobar en los dibujos que aparecen en el libro: “Aunque la novela íntegra es inadaptable, me propuse trasladar a escena el clima de ensueño perverso, el misterio que surge desde el principio del libro. El hecho de que el Centro Dramático Nacional me propusiera llevarla a escena me pareció muy interesante, porque me ofrecía la posibilidad de volver a ser el pintor que siempre me ha gustado ser. Al ser escenógrafo espero que no haya sido un error ilustrar mis propias ideas”.



El premio de novela "Ciudad Ducal de Loeches" ya tiene un lugar entre los grandes

Lo confirma el nivel de los ganadores de las primeras ediciones del premio, nada menos que Francisco Nieva y Antonio Gómez Rufo. No menos elocuente es el número de novelas a concurso: de las 80 novelas de la primera edición, a las 133 de la segunda.

Bien es verdad que lo de los premios literarios es ya una avalancha, en un país que ha llegado a tener más títulos publicados que lectores esperándolos. Pero tiempo ha habido siempre para plañideras, cenizas, y agoreros del fin de la cultura en España, y tiempo ha de haber ahora (que ya tocaba) de hacer la lectura optimista: jamás hubo tal número de autores, de editoriales y de lectores en la tierra que dio al mundo algunos de sus mayores ingenios. Y a tenor de lo que vemos, nada parece indicar que esta dinámica vaya a decaer. Lo cierto es que las editoriales van viento en popa. Luego algo se vende.

Llega la tercera edición del premio de novela "Ciudad Ducal de Loeches" con el camino allanado por dos exitosas ediciones anteriores. Por calidad literaria, por



número de obras, y, ojo al dato: también por internacionalización. A fin de cuentas el objetivo de las entidades públicas que cada vez más patrocinan estos eventos es el de darse a conocer, por eso cuanto mayor sea el círculo de resonancia, mejor. Desde esta óptica, no cabe duda de que el premio ha cumplido con su objetivo desde la primera edición, y se ha confir-

mado ya desde la segunda. El año pasado se recibieron obras de todo el territorio español, pero también de Argentina, Gran Bretaña, Cuba, Israel y Francia. Si a ello sumamos la resonancia que el premio tuvo en medios tradicionales, más internet, se impone reconocer que nos encontramos con un evento llamado a consolidarse entre los grandes.



Estamos a punto de cerrar el plazo, y todavía siguen llegando ejemplares desde los lugares más insospechados, como informaremos en números próximos. Tomen nota: el plazo acaba el día 7 de enero de 2008. Pronto la fiesta de la Literatura tendrá otra cita de lujo. Y los que hacemos Irreverentes estaremos allí para contarlos.

Y otro que repite: El "Premio Internacional Vivendia de Relato"

El "Vivendia" cumple su primer año de vida, tras haber sorprendido a propios y extraños en su edición 2006. Entonces el ganador fue Antonio López Alonso con *Soledad de otoño, infancia de silencio*. En su edición 2007, Planeta lo declaró finalista.

La idea del premio fue todo un acierto de VIVENDIA, la empresa con sede en Guadalajara que rescató así una figura en decadencia: la del Mecenazgo. No cabe duda de que alternativas al mecenazgo las hay, y en la actualidad son virtualmente infinitas. En términos amplios cualquier forma de propaganda tiene algo, por remoto que sea, de lo que decimos. Pero desde luego no es lo mismo meter una batidora (marca Acme, para que se vea) en el momento en que en la radio de la teleserie se escucha aquella frase célebre de "Franco ha muerto", que apoyar la creación para que artistas de prestigio puedan ver sus obras, cuando menos, publicadas.

En la Roma imperial hubo un noble poderoso, amigo de Augusto, y no menos de la poesía, que entendió mejor que nadie que los artistas producen una riqueza magnífica, que sin embargo no tiene liquidez. Pensó (él, tan enamorado



de la poesía que hasta se atrevió a hacer sus pinitos) que proteger y alimentar a estos artistas no sólo no era dilapidación de los bienes, sino que contribuiría al prestigio de sus empresas, a la imagen

de honradez y gestión transparente de sus inversiones, o sea, a su propaganda. Se convirtió así en el primero en usar su bolsa al servicio de las artes, y con un acierto rotundo: fue protector nada me-

nos que de Horacio y el divino Virgilio. Su nombre ha pasado a los anales de la historia del arte, y por antonomasia se ha colado en nuestro diccionario: fue el noble Mecenazgo.

Entre nosotros ha ido decayendo la práctica de aquel romano, hasta estos tiempos en que se prefiere colmar de millones al famoso que ya salió de pobre mil años atrás con sus películas de Hollywood y sus anuncios de cosméticos, antes que proteger a los artistas, que como dar, no dan nada, excepto prestigio. Por suerte aún queda vida inteligente, y así lo ha demostrado VIVENDIA, al vislumbrar la posibilidad (y llevarla a la práctica) de crear un premio de relato. El primer galardonado demostró que el premio anduvo con el olfato fino: fue Antonio López Alonso. Lo acompañaron otros dos accésits: Antonio López del Moral, con *En el espejo*, y el mexicano Herminio Martínez con *Tan oscura noche de tormenta*. Completaron el quinteto finalista el argentino Carlos Antognazzi, y el irreverente Santiago García Tirado.

El plazo de entrega de relatos para el premio VIVENDIA se cierra este año el próximo 17 de diciembre. Más información en www.edicionesirreverentes.com

Ediciones Irreverentes quiere solucionaros los regalos de Navidad

12 libros por sólo 30 euros

